



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

La lectura: el atlas simbólico

TESIS

que para obtener el grado de:

Licenciada en Ciencias de la Comunicación

Presenta:

Ketzalzin Almanza Colorado

Asesor:

Dr. Mario Alberto Zaragoza Ramírez

Ciudad Universitaria, CDMX. Abril 2018





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para Abel,
Que con su ausencia,
multiplicó las presencias.*

Agradecimientos

Esta investigación es el resultado no sólo de un esfuerzo académico, sino de múltiples acciones y afectos que lo respaldan. En primer lugar quisiera agradecer a mi asesor, Mario Zaragoza Ramírez, porque a pesar del tiempo que nos llevó concluir este trabajo, nunca dejó de darme dirección para realizarlo y me permitió conocerlo un poco más.

A cada uno de mis sinodales, por darse el tiempo de leer mi propuesta y realizar las observaciones pertinentes para hacerla más clara y contundente; su participación me permitió reflexionar otras dimensiones simbólicas y posibles del libro.

A mi mamá, por creer siempre en mí y en mi proyecto profesional aunque eso significara estar lejos de mi familia; gracias le doy por ser lo que es, por enseñarme fortaleza, determinación y amor a través de sus acciones, porque no hay mayor sacrificio que el suyo.

A mi hermana, por escucharme de todas las formas posibles y conocerme de la manera que sólo ella lo hace.

A mi abuelito, porque aunque ya no está con nosotros, me sigue acompañando en mi camino de vida, sigo aprendiendo de él y su recuerdo, lo llevo conmigo.

A mi abuelita, por ser la viva imagen de mi padre, por arroparnos con su amor, por siempre pensar en nosotros y darnos consejos, por esa vocación de cuidado familiar y colectivo, por sus herencias culinarias y éticas, gracias.

A cada integrante de la familia Almanza, por su apoyo, porque me han enseñado que las pérdidas unen y no dividen, porque gracias a ellos, aprendí que los vacíos también generan luz.

A toda la familia Colorado, por ser ese amor constante y cotidiano, por convivir y forjarme día a día, por mostrarme el valor del trabajo y la solidaridad. Ambas

familias han hecho de mí lo que hoy soy, me hacen sentir dichosa y amada, con eso me basta.

A Héctor, Anabel, por ser mi familia capitalina, porque han estado conmigo en momentos difíciles, incluso en la distancia, porque hemos creado una fraternidad poderosa donde, en esta ciudad de anónimos, significamos un poco más.

A cada una de las personas mencionadas anteriormente, a las personas que no vieron el resultado pero que formaron parte del proceso y a todos mis amigos que me han acompañado en este trayecto, les doy las gracias por ser como son y por sumarle alegrías a mi vida; no hay forma de pagarles eso, apenas las palabras sinceras y mi apoyo incondicional.

Índice

Introducción 3

Capítulo 1: La lectura, el atlas simbólico 7

1.1 ¿Qué es la lectura? 7

a. Historia mínima del libro 8

b. Acercamientos teóricos 11

c. Construyendo el concepto de lectura 18

d. El atlas: capital y campo 20

1.2 Tres estados del capital cultural 22

a. ¿Qué es el capital? 22

b. Capital simbólico 25

c. ¿Qué es el campo? 27

1.3 La integración simbólica: El atlas, capital y campo 30

Capítulo 2: La dimensión social del atlas simbólico de la lectura 34

2.1 La estructuración estructurante de la lectura 35

a. Estructura 35

b. Estructuración 38

c. Dualidad de la estructura 41

2.2 Prácticas sociales de la lectura 42

a. Lectura en voz alta 46

b. Hacer de la librería una tienda de fin de semana 47

c. Pláticas de café, espacios para la lectura 48

2.3 Prejuicios a partir de la lectura 50

a. Los que leen son más inteligentes 52

b. La lectura humaniza 53

c. La construcción social del gusto por la lectura 55

Capítulo 3: Las implicaciones del atlas simbólico de la lectura 58

3.1 La lectura como forma moderna de adquirir conocimiento 58

3.2 La lectura como preludio de ¿cambio social? 63

3.3 La lectura como objeto de valor mercantil 67

3.4 La lectura como reconocimiento de partes 73

a. El sujeto lector y el no-lector 75

b. La trascendentalidad de la lectura 79

Conclusiones 85

Bibliografía 89

Introducción

Ante la condición *no-lectora* de nuestro país —donde son leídos 5.3 libros al año¹—, cada vez los estudios y campañas de fomento a la lectura son más recurrentes, tanto en instancias gubernamentales como educativas. Existe un esfuerzo “conjunto” por parte del gobierno, los profesores y padres de familia por terminar con el bajo nivel de lectura que tenemos. Empero, a pesar de la gran publicidad que se le ha dado a este rubro, los índices han aumentado de manera paulatina².

El pasaje que aquí se presenta es apenas un esbozo de lo que se encuentra de fondo, pues todo el intento por hacer que la gente lea más no tiene que ver sólo con una cuestión cultural o de nivel de desarrollo de acuerdo con la OCDE, sino con una cuestión de la construcción social de la lectura. ¿Por qué creemos que leer es importante en nuestros días? ¿De qué les sirve a los países y sociedades tener lectores? Estas preguntas enmarcan más que una preocupación de la lectura en sí misma, una preocupación por cómo hemos o han dado y asignado un valor simbólico a la lectura de forma desapercibida.

Hemos puesto a la lectura en un pedestal, la alabamos; pregonamos por la vida que *leer es lo mejor*, respetamos a todo aquel que lo hace e, incluso, nos parece un ser superior, intocable; entre mayor esté compuesta la decoración de una casa con libros, nos parece más interesante y misteriosa. Pero ahí no acaba la apología, concebimos a la lectura como el pretexto y la solución a muchos de nuestros problemas sociales. Todo lo anterior es el resultado de una serie de prácticas y comportamientos legitimados a través de la lectura y nuestra forma de relacionarnos con el *otro*.

¿Qué es lo que se ha hecho para llegar a este punto en el que la lectura parece tener una autoridad tan sólida ante la sociedad que incluso se ha usado como jerga en

¹De acuerdo con la Encuesta Nacional de Lectura 2015. Consultado el 02 de enero de 2018 en: <https://observatorio.librosmexico.mx/encuesta.html>

²De acuerdo con la Encuesta Nacional de Lectura 2015 en comparación con la realizada en 2000, 2006 y 2012 se calcula que disminuyó 0.7% el índice de libros leídos al año.

muchos ámbitos cuando no necesariamente hay una respuesta en ésta? Al parecer, la lectura tiene una legitimidad incuestionable que le permite servirse de todo lo anterior. Esta legitimidad se ha construido a lo largo de la historia en diferentes etapas y con situaciones peculiares, pero ¿qué la ha construido? ¿Qué la hace tan grande y magnificante?

Este último cuestionamiento será el que rija el rumbo de esta investigación. A pesar de que el problema no parte de un hecho empírico en específico, se intenta dar respuesta a una parte de nuestra realidad social. Este trabajo no pretende estudiar de manera exhaustiva cada fenómeno y hecho histórico de la lectura, sino concatenar los momentos y las maneras culminantes y destacadas que edifican la legitimidad de la lectura en nuestra sociedad actual.

En términos mucho más conceptuales, no se trata aquí de hacer una filosofía de la lectura, sino una sociología de la lectura, para ello, revisaremos a distintos autores, pero primordialmente a Pierre Bourdieu y su concepto de *capital simbólico*. La posibilidad de poder categorizar a la lectura desde los diferentes matices del *capital* que propone este sociólogo francés guió a esta investigación a construirse así y no de otro modo, sin dejar de considerar que seguramente habrá otros universos simbólicos de la lectura que pueden ser estudiados.

Esbozar los elementos del capital simbólico de la lectura es un problema teórico que es necesario plantearse porque no sólo devela la forma en la que la concebimos, sino también porque es a través de ésta que muchas veces nos relacionamos y construimos con el *otro*. En este sentido, la lectura se vuelve un tipo de segmentación de la población que nos ayuda a percibir realidades diferentes: los lectores y los no-lectores, países analfabetas y países alfabetizados; objetiviza un mundo subjetivado que se acopla, por una lado a cada una de las intersubjetividades de los sujetos, pero por otro, deja una relación casi imperceptible y estructurada.

Pareciera que este capital simbólico con el que se ha forjado la lectura es un factor inocente e inadvertido, pero debemos verlo como un camino en el que ésta

encuentra la forma de trascender en la sociedad, pues de lo contrario, con todo y que la lectura provoca catarsis en los lectores, no dejaría de ser aquel momento fugaz que permanece por siempre en la recuerdo del individuo y muere con él.

Esta trascendencia social es posible gracias a los prejuicios de la lectura que se generan a partir de su capital simbólico, ya que éstos no sólo brindan la posibilidad de ir más allá de lo efímero: guardan en sus profundidades la intención de diferenciarse del *otro*, del *no lector*: brindan a los sujetos rasgos de identidad que les permiten insertarse en una estructura que implica una objetivación en un mundo intersubjetivado, pues mientras existen sujetos que sólo se perciben como lectores, detrás de esa identidad hay toda una industria cultural que los ve como consumidores específicos, hay encuestas nacionales que los transforman en índices de , hay ferias del libro dedicadas especialmente para ellos.

Los lectores se mantienen, en el terreno de la identidad, al margen de los no lectores. Y para hacer más evidente la diferencia entre los que sí y los que no, las prácticas sociales se vuelven rituales para estructurar a los sujetos en su vida cotidiana a partir de la lectura. Estas prácticas estructuradas se han formado, modificado y han permanecido a través de los años y de las diferentes latitudes geográficas: ya sea desde ir a la librería, oler las páginas de los libros nuevos o de los viejos; de estar en un café leyendo, gastar parte de los ingresos en novedades literarias, reunirse con alguien con el único propósito de discutir lecturas, hacer del libro un objeto común en el hogar y más etcéteras. Las prácticas estructuradas de la lectura dejan entrever una tradición y una forma de interacción con el *otro*.

Todas estas prácticas sociales y prejuicios en torno a la lectura, así como las implicaciones que tiene el atlas simbólico de la misma en cada una de las partes que participan de ésta, permiten plantear un problema no sólo sociológico, sino comunicativo: las construcciones lingüísticas implícitas en nuestra habla hacen que la lectura no sólo signifique, sino que también simbolice, creando una narrativa simbólica a partir de la distinción de los sujetos por el principio básico de oposición: leer y no leer, a partir la trascendentalidad que la misma lectura genera, porque ciertamente cobra vida ante los cambios de formatos y soportes, ante los

cambios de experiencias y discursos lectores, por lo tanto se convierte en una problematización discursiva y significativa de la estructuración de nuestro mundo simbólico y es allí donde se encuentra su relevancia en la disciplina comunicativa: al producir mensajes no verbales ni escritos, sino intrínsecamente aprehendidos y reconocidos y valorados.

La investigación sugiere pensar la configuración de la lectura a partir de tres momentos: en el primero, se plantea un esbozo del concepto teórico de lectura con aristas de disciplinas varias e incluso, características propiamente sugeridas para tener un panorama de cómo se ha ido dibujando una cartografía simbólica; en segundo lugar, se intenta entender cómo es que ese atlas permanece y es legítimo, por lo que se explican las dinámicas sociales, desde una construcción estructuralista, que le permiten *ser*; en el último momento, se ahonda en analizar cuáles son las implicaciones de la legitimación del atlas simbólico de la lectura y de qué manera trastoca a los espacios y a los sujetos.

Este trabajo abre sus páginas con el simple afán propositivo de entender, desde una metáfora de la figura cartográfica del atlas, el suceso y la acción en torno a la lectura.

Lo invito a usted, lector, a acompañarme en el camino.

Capítulo 1: La lectura, el atlas simbólico

En este primer capítulo, y como complemento de los diferentes acercamientos teóricos de la lectura desarrollados por diferentes sociólogos, psicólogos, etc., se intentará hacer una construcción teórica del objeto considerado como un elemento *culturalizador*, construido históricamente a partir de una integración entre un capital simbólico y un campo social, mismos que conjugados hacen de la lectura un atlas, un mapeo simbólico de significaciones que han tenido entre sus manos el poder de legitimarse en la actualidad a partir de la difusión del conocimiento, de los rasgos mercantiles del libro y de los efectos secundarios que ha propiciado el ejercicio lector.

1.1 ¿Qué es la lectura?

Antes de comenzar a hablar sobre la lectura y su acercamiento teórico, me gustaría hacer un paréntesis para hacer explícita la relación que existe entre la lectura y el libro: ambos caminan a la par por el mismo sendero; esta investigación no podría entenderse sin uno o sin el otro. No estoy sugiriendo que sin el libro, la lectura no existiría, ni mucho menos que los libros podrían existir sin importar que no fueran leídos, simplemente que gracias a uno, ha crecido el otro. Es más, el libro es un crisol que combina las diferentes disciplinas que van desde la sociología del consumo hasta la ingeniería de los tipos móviles y de procesos de papel, todo ello con el fin de que los libros sean leídos, pero no siempre fue así.

A pesar de la existencia de pergaminos, arcilla, vitela o seda, las personas que tenían acceso a los manuscritos pertenecían al clero o bien a las pocas universidades laicas que comenzaban a surgir en la Edad Media, por lo que el ejercicio lector era ínfimo y mucho más grande era el número de analfabetas. Incluso, muchos de los copistas que se encargaban de realizar manuscritos por

encargos, no sabían leer, sólo identificaban la forma de las letras y las copiaban tal cual —esto era muy útil para el clero cuando se trataba de reproducir libros prohibidos de aquella época.

La aparición de la imprenta puede considerarse como una etapa hacia una civilización de masas y estandarización.³ Esta estandarización llevó no sólo a comenzar a escribir en lenguas vulgares ciertas publicaciones, también despertó el interés de la gente que poco a poco comenzaba a leer a lo largo de doscientos años. Con la popularización y masificación del libro, también vino la popularización y masificación de la lectura. Por lo anterior, y para comprender un poco más el concepto de lectura, se habla del libro —mismo que a partir de ahora será esbozado conceptualmente como un objeto relacionado directamente con ésta— y su camino histórico.

a. Historia mínima del libro

Hablar sobre la historia del libro no sólo es una tarea osada que abarcaría la extensión de miles de cuartillas y años de investigación, intentar hacer una historia mínima, es aún más osado. Lo que a continuación se presenta no es más que una breve compilación de algunos de los factores que permitieron que el libro sea lo que es hoy, y con ello, que la lectura haya podido crear el capital simbólico que hoy la legitima.

Orígenes del libro

Desde que el hombre vio la necesidad de perpetuar lo que le era importante en su vida cotidiana, la búsqueda de un sistema de expresión y trascendencia fue parte importante del desarrollo y la evolución de la capacidad humana del lenguaje. La escritura fue el resultado de un proceso lento de evolución con diversos pasos:

³Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *La aparición del libro*. Fondo de Cultura Económica. México. 2005. p.301.

imágenes que reproducían objetos cotidianos (pictografía); representación mediante símbolos (ideografía); y la reproducción de sílabas y letras.

Cuando los sistemas de escritura fueron inventados en las antiguas civilizaciones, el hombre utilizó diversos soportes de escritura: tablillas de arcilla, óstracon, placas de hueso o marfil, tablas de madera, papiros, tablillas enceradas, planchas de plomo, pieles curtidas, etc. Todas ellas con el fin de transmitir lo que antes le atañía a la oralidad. Sin embargo, no fue hasta que se comenzaron a utilizar soportes como el papiro, la vitela y más etcéteras que surgieron los manuscritos, los primeros en estar unidos de un costado —característica esencial del libro.

Estos manuscritos eran creados por copistas que normalmente trabajan por encargo del clero o de algún miembro importante de la nobleza, como reyes, virreyes o condes. En este sentido, el copista cumplía la tarea de lo que hoy sería un editor, pues decoraba el manuscrito a placer, adornándolo con letras mayúsculas, creando ediciones únicas.

A pesar de ello, el concepto del libro, tal como lo conocemos ahora, comenzó a popularizarse en occidente a partir de la creación de la imprenta en el siglo XV — los chinos contaban con libros hechos con papel de arroz desde el siglo XI—, antes de ello, lo más parecido al libro eran los manuscritos ya mencionados, formados con pergaminos, los cuales eran en su mayoría de origen animal. Existen, pues, dos momentos del libro manuscrito en Europa: el periodo monástico y el periodo laico que hacen justicia a su nombre.

Desde la caída del imperio romano hasta el siglo XII, son los monasterios, además del conjunto de otros establecimientos eclesiásticos, los que conservan casi íntegro el monopolio de la cultura libresca y de la producción del libro. No es menos cierto, por otra parte, que a partir de finales del siglo XII ocurrió un profundo cambio y, con ello, hubo una reconfiguración en los ámbitos intelectuales y sociales, que se tradujo básicamente en la formación de universidades y en el desarrollo de la instrucción entre los laicos al mismo tiempo que se formó una nueva clase

burguesa, tuvieron repercusiones profundas en las condiciones en que los libros se escribieron, imprimieron, copiaron y difundieron.⁴

Es verdad que la imprenta fue un invento revolucionario que cambió el modo de hacer libros, pero esta tecnología no habría valido de nada de no haber contado con el material óptimo que se necesitaba para eso: el papel. Durante el periodo laico del libro, no hubo muchos avances en la forma de presentación y decoración del libro, sin embargo se debe mencionar una innovación que tuvo importantes repercusiones en la fabricación y el precio de los libros: hablamos de la aparición del papel.⁵ El desarrollo de la industria papelera permite el nacimiento de la imprenta, pues esta novedad no era tan gruesa como el pergamino, era mucho más ligera y podía producirse en cantidades ilimitadas.

Amén de este avance tecnológico, el papel se vio en desventaja en sus inicios por su fragilidad y el poco cuerpo que tenía a diferencia del pergamino de origen animal, que en el mayor de los casos era de ternera recién nacida. Incluso, en un principio, fue prohibido el uso del papel por algunos juristas por las desventajas que presentaba respecto del pergamino.

Tuvieron que pasar algunos años para que el papel comenzara a aceptarse en su uso cotidiano, tanto que incluso creó oficios como los fabricantes de cartón y naipes, encoladores y, por supuesto, los impresores. En este entorno, Gutenberg apostó a hacer varias copias de la Biblia a la vez en menos de la mitad del tiempo de lo que tardaba en copiar una el más rápido de todos los monjes copistas del mundo cristiano, y que éstas no se diferenciarían en absoluto de las manuscritas por ellos. En vez de utilizar las habituales tablillas de madera, que se desgastaban con el uso, confeccionó moldes en madera de cada una de las letras del alfabeto y posteriormente rellenó los moldes con hierro, creando los primeros «tipos móviles».⁶ Tuvo que hacer varios modelos de las mismas letras para que coincidieran unas con otras, en total más de 150 «tipos», imitando perfectamente

⁴*Ibid.* p. XXI.

⁵*Ibid.* p. XXII.

⁶La Biblia de Gutenberg. Consultado el 30 de abril de 2015 en:
<http://www.hrc.utexas.edu/exhibitions/permanent/gutenbergbible/> .

la escritura de un manuscrito. Tenía que unir una a una las letras que sujetaba en un ingenioso soporte, mucho más rápido que el grabado en madera e infinitamente más resistente al uso.

Con la invención de Gutenberg, los «tipos móviles» fueron el punto nodal para impulsar la imprenta, misma que se expandió de forma rápida en Europa; en países como Alemania, Italia y Francia las ciudades se atiboraban de páginas, autores y editores.

No fue sino hasta el siglo XVI (1500-1510) que la imprenta había triunfado sobre el pergamino y desde entonces se comenzaba a vislumbrar una cultura literaria masiva y estandarizada que ya comenzaba a ser enclasante. Con el paso del tiempo, la clientela de los libros se iba conformando en mayor medida por personas laicas, ajenas a la iglesia, que formaban parte, sobre todo, de los juriconsultos, burgueses y artesanos, profesiones que se acercaban más al humanismo.

De esta forma, los libros de la iglesia empezaron a disminuir sus publicaciones al tiempo que aumentaban las copias sobre Cicerón, Séneca y Aristóteles en su mayoría. Es así como se llega a la época de la imprenta moderna y del libro como lo conocemos ahora. Y así, como se puede ver, también llegó la lectura.

b. Acercamientos teóricos

La actividad de *leer* entendida como “pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados”⁷ surge con el libro, construyendo un concepto social que no es pasivo: la existencia del libro conlleva, en determinado momento, a la existencia de una acción lectora. Es a partir de esta mancuerna que las subjetividades y elementos culturales se han sumado a las concepciones sociales de la lectura pasando a un plano teórico.

⁷ Definición de *Leer*. Diccionario de la Real Academia Española. Consultado el 30 de mayo de 2015 en: <http://lema.rae.es/drae/?val=leer> .

Las interrogantes sobre qué es leer y qué es la lectura han sido objeto de discernimiento en diferentes campos de las Humanidades y la Ciencias Sociales. Uno de los artículos más útiles y concisos que se puede encontrar sobre esta diversidad de perspectivas, es el de Elsa Ramírez: la claridad y sencillez de sus ideas permiten generar un hilo narrativo para la construcción del concepto de lectura en esta investigación. La definición y el concepto en cuestión han ido creciendo y alimentándose de cada una de las aportaciones de teóricos como Paulo Freire, Roland Barthes, Roger Chartier y Michelle de Certeau, por mencionar algunos.⁸

Los intereses e investigaciones sobre el tema han sido mayormente apuntados por estudiosos europeos debido a la antigua tradición editorial que los precede, pero a partir del siglo pasado investigadores latinoamericanos comenzaron también a escribir sobre la lectura, uno de ellos es Paulo Freire, educador brasileño que logró desarrollar una propuesta de educación desde la perspectiva de la liberación después de vivir un Brasil en dictadura que lo llevó a exiliarse durante varios años; mediante las observaciones y reflexiones críticas que formuló acerca del contexto social y de la pedagogía normativa y prescriptiva, señaló que “en su opinión una y otra impedían a los individuos, en especial a los oprimidos, percibirse como seres en proceso de ser y, por consiguiente, gozar de una oportunidad para transformarse y emanciparse de las fuerzas opresoras y optar por la libertad”.⁹ Ante esta lógica, el sujeto se encuentra oprimido y es la lectura la que le permite liberarse a través del direccionamiento pedagógico del ejercicio lector. El pedagogo que vivió varios años en Suiza caracteriza la lectura como “un proceso en el que se aprenden y conocen de manera crítica el texto e igualmente el contexto, ámbitos trabados por una relación dialéctica”.¹⁰ Este concepto se opone a la idea de objetivar la lectura como el acto mecanicista de descifrar las letras y su significado, en un ejercicio liberador que está guiado por el sentido de liberación en tanto eso significa una rebelión y resistencia ante un sistema de imposiciones.

⁸Ramírez Leyva, Elsa M. “¿Qué es leer? ¿Qué es la lectura?”. *Investigación Bibliotecológica*, Vol. 23 , Núm. 47, enero/abril, 2009, México. p. 169.

⁹*Ibid.*, p. 169.

¹⁰*Ibid.*, p. 171.

La propuesta *freireana* sobre la lectura consiste en caracterizar ésta como un acto que implica una sucesión de tres tiempos: en el primero, el individuo efectúa una lectura previa de las cosas de su mundo —universo poblado de diferentes seres y signos: sonidos, colores, olores, sensaciones, gestos, formas y matices, donde habitan y anteceden creencias, gustos, recelos, miedos y valores inscritos en las palabras grávidas que nos anteceden y pueblan el mundo donde se inserta todo sujeto. En el segundo momento, lleva a cabo la lectura de las palabras escritas, previo aprendizaje y, en el tercero, la lectura se prolonga en relectura y reescritura del mundo. Así deja ver la lectura como un proceso espiritual y psicológico que si bien está respaldado por cada uno de los contextos, no trasciende a la sociedad, se queda en un proceso cognoscitivo y liberador del individuo.

Aunado a esto, las diferentes significaciones del ejercicio lector han pasado a tener estructuras mucho más lingüísticas, es en ese mismo plano individual, y retomando la tradición europea, que Barthes expresa su opinión en el ensayo *Sobre la lectura*¹¹. Para él, al contrario de la escritura, la lectura disemina, dispersa, pero no necesariamente libera, como lo propone Freire. Para entender su cambio de enunciación respecto de este último, es necesario apuntar que Roland Barthes fue un ensayista francés muy cercano a la tradición estructuralista de su país y durante los años 70's junto con otros teóricos, desarrolló la propuesta de una nueva disciplina: la semiología, enfocada a estudiar los signos en la vida cotidiana, por lo que su cercanía con la lingüística y conceptos como paradigmas y sintagmas era innegable.

La lógica de la lectura no es deductiva sino asociativa, porque vincula el texto material con otras ideas, otras imágenes, otras significaciones, como una lógica que difiere de las reglas de la composición. En este sentido, la propuesta de Barthes va de la mano con la propuesta freiriana en tanto ambas vinculan y procesan la información para re-significarse en cada una de las subjetividades. El texto que se escribe debería denominarse “texto-lectura, en tanto que la lectura reconstituye y

¹¹Barthes, Roland. “Sobre la lectura” en *El susurro del lenguaje*. Paidós Comunicación. Buenos Aires. 1987. 39-49pp.

trasciende al individuo lector o escritor, debido a las asociaciones engendradas por el texto, asociaciones que lo preceden y se entresacan e insertan en determinados códigos, determinadas lenguas, determinadas listas de estereotipos”.¹²

Siguiendo la corriente de la semiología, Barthes plantea una cuestión de fondo: la lectura obedece ante todo al *sentido*, mismo que está compuesto por todas las asociaciones individuales que atraviesan al sujeto y a su contexto, pero sobre todo es un *sentido* que sigue reglas que no pertenecen ni al escritor, ni al lector, sino a un todo simbólico que deviene en una cuestión cultural. Se acoplan a la lectura muchos de los términos usados en la lingüística, por ejemplo la pertinencia para analizar las cuestiones de forma y fondo que componen al ejercicio lector, llegando a la conclusión de que el objeto que se lee está fundamentado en la *intención* de leer que proviene no de una semiología sino de una fenomenología¹³ pero con una *integración* semiológica. Algunas de las conclusiones de este teórico francés apuntan hacia tres diferentes placeres que provocan las letras en el lector: las imágenes formadas, la sensación de la espera y por último, la creación del deseo de escribir que en el fondo no tiene otra cosa más que la intención de comunicar a través de lo perdurable.

En un sentido comunicativo, la lectura tiene también la responsabilidad de sociabilizar un mensaje a través de sus páginas; este proceso sociabilizador se vuelve a su vez interdisciplinario al incluir rasgos cognitivos, psicológicos, culturales, económicos. Robert Escarpit¹⁴, quien fue un sociólogo francés pionero y experto en entretener las relaciones entre los estudios literarios y el periodismo, tuvo una participación activa en los grupos comunistas de aquel país durante los años 30's, centró su línea de investigación en la comunicación social y en los fenómenos de la lectura y el libro, aspectos que examinó en varios de sus estudios académicos. Para él, la lectura es un acto comunicativo que implica la producción de información bipartita: por un lado se encuentra el escritor y por el otro el lector,

¹²Ramírez Leyva, Elsa M. *Óp. Cit.* p. 171.

¹³Véase *Ibíd.* p. 172.

¹⁴*Ibíd.* p. 173.

respalda tal hecho mediante una cita de Sartre: “el trabajo mental nació de la conjugación, que incluye el esfuerzo del escritor y del lector”.¹⁵

En sus obras *Sociología de la literatura*¹⁶ y *La faim de lire*¹⁷ (El hambre de leer), considera la lectura literaria como un acto a la vez sociable y sensible que, por lo mismo, suspende la relación entre el individuo y su universo para construir otros nexos con el universo de la obra. La lectura es un desequilibrio, pues se realiza en respuesta a una insatisfacción y se constituye en recurso para oponerse a la fragilidad y las pasiones propias de la condición humana.

Escarpit agrega que el acto de leer es ante todo un proceso psicológico que implica interrelaciones entre un escritor y un número indeterminado de lectores en una circunstancia que puede considerarse un proceso. La lectura no es solamente producción del significado de las palabras: es un acto realizado con un propósito determinado, donde se integran estrategias individuales, psicológicas, sociales, políticas y económicas, y donde el efecto obtenido es una apuesta ganada. El también periodista concluye que la lectura es una puerta que conduce a la libertad¹⁸, pero al mismo tiempo no deja que el lector y el escritor entren en una dinámica de convivencia y construcción social que sobrepase el plano de los procesos individuales de libertad.

En una línea diferente, al involucrar a la lectura en el plano social, se encuentran Michel De Certeau y Roger Chartier. La particularidad del primero de ellos es que fue no sólo un filósofo, sino también un sacerdote francés que apoyó la revuelta estudiantil de mayo del '68 en París y que logró entender los planteamientos semiológicos y freudianos para incorporarlos al estudio de la vida cotidiana, por lo que para muchos es un personaje inclasificable. De Certeau describe a la lectura como un “arte” que no es pasividad, un arte que manipula y goza una movilidad plural de intereses y placeres.

¹⁵*Ibíd.* p.178

¹⁶Robert Escarpit. *Sociología de la literatura*. Oikos-tau. España. 1971.

¹⁷Ronald E. Barker y Robert Escarpit. *La faim de lire*. UNESCO. París. 1973.

¹⁸Ramírez Leyva, Elsa M. *Óp. Cit.* p.178.

El mismo autor relaciona esta actividad con la orientación capitalista de la producción y el consumo, fundada en una tecnocracia productivista que impone a la lectura procedimientos de consumo modernos.¹⁹ La lectura, en consecuencia, se convierte en un instrumento de control o en un arma cultural, y también en herramienta de la estratificación social. Pero también puede llegar a ser un obstáculo o un atajo para la ortodoxia cultural, en tanto que actividad rebelde y vagabunda. De esa manera, la lectura puede constituir una puerta de libertad.

La lectura es también un instrumento que induce la estratificación social, las relaciones de clase y las operaciones poéticas que conforman al lector. La información distribuida depende de “las relaciones sociales y tiene sus fines, y, aunque la lectura permite modificar el camino trazado, en tanto que es un medio de libertad, es equiparable al consumo, en tanto que la escritura lo es respecto a la producción”.²⁰

“La lectura es más una operación del ojo y cada vez menos del cuerpo, de modo que podría definirse “más como una operación decodificadora y menos como una experiencia productiva de sentidos y significados”,²¹ es decir más como una operación situada en la esfera del consumo que en la de la producción; un consumo inserto dentro del sistema de producción capitalista con sus propias reglas de venta y de censura. No se niega la importancia de esta dimensión, de hecho se retoma en algún punto de este trabajo; el concepto no establece sus términos de mercado y sus consumos como primera instancia, pero sí como resultado de un proceso cultural reflejado y consecuentado por una industria (cultural) que obedece a la economía.

Roger Chartier, el último de los autores aquí mencionados, es un historiador francés especializado en historia de la cultura, trastocando temas como el libro o ediciones literarias, comparándolo con los anteriores autores, es de los más jóvenes pero no por ello menos importante. Él resume el reto de la siguiente manera: “los

¹⁹ *Ibíd.* p.175.

²⁰ *Ibíd.* p. 176.

²¹ *Ibíd.* p. 177.

actos de lectura que dan a los textos sus significados plurales y móviles se sitúan en el encuentro entre las maneras de leer... y los protocolos de lectura dispuestos en el objeto leído...”.²²

No abunda precisamente en definiciones, pero aporta elementos para entender la complejidad de la lectura, actividad compuesta por tres dimensiones: el libro, el texto y las prácticas de la lectura. Su enfoque difiere de los que se ubican en los extremos: uno comprometido con las determinaciones del objeto escrito sobre el lector y otro con la omnipotencia absoluta del lector. Chartier propone una tercera vía, presidida por un doble postulado: que la lectura no está ya inscrita en el texto, sin distancia entre el sentido que le asignan quienes lo producen (autor y editor) y el que le atribuyen, mediante su interpretación, los lectores.²³

Al mismo tiempo, los protocolos de la lectura generan cierto tipo de textos para cierto tipo de lectores deseables que, ante todo, respetan las señalizaciones que el texto trae consigo. A veces el texto da indicaciones explícitas a ese lector ideal, aunque normalmente sólo se encuentran señales indirectas. Por ejemplo, el tamaño condiciona la posibilidad de detener el libro y de mirar el texto. La sucesión de páginas, los capitulares y subtítulos, así como los cuadros o ilustraciones, pautan y marcan cortes en la lectura.²⁴

Esta concepción rescata a lectura en una doble dimensión: una individual, con carácter de acción dinámica que responde a las solicitaciones del texto e implica una labor de interpretación, y otra colectiva (del orden cultural) relativa no sólo a las sociabilidades por donde circulan y varían los modos de acceder a determinados textos —sociabilidades entre el lector y el texto—, sino también a las tareas conformadoras de las prácticas de lectura. Sin embargo —y aquí me gustaría aclarar una diferencia prístina de las conceptualizaciones de la lectura—, mientras que para Chartier la lectura es una práctica social en sí misma regida por un

²²Chartier, Roger. *Du livre au lire*. En: CHARTIER, Roger (Dir.). *Pratiques de la lecture*. Marsella: Payot et Rivages, 1993.

²³ Ramírez Leyva, Elsa M. *Óp. Cit.* p. 182.

²⁴ Elsie Rockwell . “La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares”, *Educação e Pesquisa*, vol. 27, núm. 1, enero-junio, 2001, Brasil, p. 15.

espacio sociocultural e histórico, también debemos entender a la lectura como aquella creadora de prácticas sociales que no necesariamente se autoreferencian, sino que atraviesan el plano del individuo y de las letras para posarse en una trascendencia social y que forma realidades como la de concebir países analfabetas y alfabetizados.

c. Construyendo el concepto de lectura

Ninguna de las discusiones anteriores sobre la lectura satisface totalmente a la investigación, porque la lectura sí es todo lo mencionado pero también es más. Por ello, y ante la falta de precisiones y características pertinentes para este estudio, me he propuesto retomar algunas categorías teóricas que me ayudarán a estructurar un concepto de lectura más elaborado en tanto se compone por más elementos. Por lo tanto, se entiende a la lectura, en un primer momento, como la acción de leer²⁵, y no como “un espacio de autoposición y de libertad”.²⁶ Pero lo anterior no sería nada sin un rango primordial que se atribuye en esta investigación: la lectura es, también, un elemento *culturalizador*. Por ejemplo, en una de las entrevistas hechas por Juan Domingo Argüelles, Efraín Bartolomé dice: “...los logros y las complejidades de una cultura se incrementaron prodigiosamente con la invención del libro”.²⁷

Se trae a colación el concepto de cultura que propone Kant en su libro *Pedagogía* y que es explicado y desmenuzado por Mario Teodoro Ramírez en un artículo que apela a la filosofía puesto que nos permite adentrarnos un poco más en el entendimiento de lo cotidiano; la lectura se nos presenta como un elemento *culturalizador*, en tanto cultiva al ser humano para hacerlo congruente consigo mismo y ante los demás, pero también diferente de los demás. De hecho, el ser

²⁵De acuerdo con la definición de la Real Academia Española de la lengua.

²⁶Casado Velarde, Manuel. “La lectura, espacio de humanidad”, *Pensamiento y Cultura*, núm. 9, noviembre, 2006, pp. 73-81, Universidad de La Sabana, Colombia. Consultado el 26 de mayo de 2014. En: Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70190107> .

²⁷Expresa Efraín Bartolomé en Argüelles, Juan Domingo. *Historias de lecturas y lectores*. Editorial Océano. México. 2014. p. 39.

humano no es un ente sólido, monolítico, “de una pieza”; está constituido por una serie de niveles, por una serie de disposiciones e intereses, según la terminología de Kant:

Dado el principio de heterogeneidad, tales niveles son irreductibles entre sí y su legitimidad es siempre autóctona, inmanente; no es posible una legitimación general y exterior de las distintas facultades humanas [...] No hay manera de eliminar la diferencia, y la cultura —en cuanto orden general de las representaciones— tiene como rasgo primordial la diferencia: ella es necesariamente diferencial, diferenciante; ella está constituida por varios niveles, por varios planos.²⁸

En este sentido, la lectura es un elemento culturalizador de distinción respecto de los demás. Cabe agregar otra característica más a este concepto: la trascendencia. Si consideramos a la lectura como esa acción única de leer, no podrían existir más que estudios que se enfocaran en lo momentáneo, como ya lo vimos con algunos autores. De esta forma se abre un abanico de posibilidades que nos permiten integrar a la lectura como un todo significativo.

De manera analógica, la lectura sería tanto el habla como la lengua: es esa acción limitada por la temporalidad, que es dependiente pero a la vez es independiente de los sujetos y que va cambiando poco a poco de acuerdo con el contexto histórico-social. Somos conscientes de que sin el sujeto la lectura no podría existir, pero también sabemos que mientras existamos, la lectura será más grande que nuestra corta vida. Esta misma categoría de trascendencia es lo que brinda la oportunidad de que la lectura no sólo sea una práctica cultural y social en sí misma, sino que genera prácticas sociales a partir de ésta y allí radica la gran diferencia entre la visión de Roger Chartier²⁹ y la de esta investigación. No sucede esto por no estar de acuerdo con el autor francés, simplemente es pertinente apuntar la sutil diferencia que nos brinda un mayor margen de acción y un panorama más completo.

²⁸Ramírez, Mario Teodoro, “Ilustración y cultura. Kant y Hegel: dos modelos del concepto de cultura en la filosofía moderna”, *La lámpara de Diógenes*, revista de filosofía, No. 14 y 15, 2007, México. pp. 168—178.

²⁹Véase Chartier, Robert. *Du livre au lire*. En: CHARTIER, Roger (Dir.). *Pratiques de la lecture*. Marsella: Payot et Rivages, 1993.

d. El atlas: capital y campo

La lectura como un proceso interdisciplinario, incluyente de rasgos cognitivos, psicológicos, culturales, económicos y más etcéteras, se construye a sí misma —y también es construida por nosotros— como un ente cada vez más complejo ya que éste evoluciona en un sentido acumulativo: en lugar de que los acercamientos teóricos lo separen, lo que hacen es unirlo y se involucra en un proceso de significación cada vez más enmarañado que ha logrado que la lectura goce de una legitimidad actual.

Para poder clarificar este conjunto de significaciones, esta investigación se propone construirla desde una forma un tanto dual. Es por ello que ante tal complejidad y aunado al bosquejo teórico hecho con anterioridad, creo necesaria la consideración del concepto de lectura como un concepto acompañado, que no está solo y que se entiende en conjunto gracias al proceso de construcción social por el que ha pasado; un proceso que se caracteriza por la participación de múltiples elementos históricos, económicos, académicos y sociales que han permitido pensar a la lectura como factor socialmente legitimado. Desde un punto de vista sociológico que rompe con la linealidad temporal y que nos permite pensar en concepto bidimensional, la lectura se ha valido de dos herramientas para tener la legitimidad que tiene en la actualidad; nadie se atrevería a decir que leer literatura es *malo*, por ejemplo.

Es a través de un capital simbólico y un campo que la lectura se proyecta como un atlas, un atlas simbólico que permite ubicarnos en diferentes tiempos y espacios de significación del concepto de lectura y de cómo este concepto se desarrolla en el seno de la vida social.

Este atlas se ha ido formando a través del tiempo y lo podemos percibir día con día al sentir respeto por alguien que lee, al querer comprar libros sin importar que sólo sean para la decoración del hogar. Podemos percibir a la lectura como un capital

simbólico gracias a muchos de los conceptos que Bourdieu ha desarrollado en su teoría. La lectura tiene múltiples rostros que se pueden representar en los diferentes capitales que ha planteado y desarrollado el sociólogo francés.

Ahora bien, este capital simbólico de la lectura se puede percibir en el campo social, pero sobre todo, en el campo de la literatura, donde leer es importante. El campo de la literatura supone que sus integrantes poseen un capital cultural adquirido que les ha permitido no sólo leer, sino apreciar el libro como un objeto con disposición estética que los distingue de los demás: aunque muchos profesionistas utilizan la lectura como una herramienta para adquirir conocimiento, su campo de ejecución y apreciación está enfocado en otras habilidades y/o acontecimientos propios de la ortodoncia, la química, etc., que usan a la lectura y la escritura como un medio y no como un fin, por lo que en campos de estudios especializados la lectura pasa a segundo plano, no así en el campo de la literatura y el campo social; esta sutil diferencia se ha marcado de manera silenciosa a lo largo del tiempo a través de las prácticas sociales de la lectura y la escritura.

El paso de la Prehistoria a la Historia se caracteriza por la escritura, un nuevo proceso de comunicación que deja atrás la oralidad, y que con el paso del tiempo deviene en la creación del manuscrito hasta llegar a la imprenta y el libro, objeto que no nos ha abandonado desde entonces. La insistencia que hay en la actualidad sobre volvernos lectores para los que no lo somos y respetar a los que están del otro lado del charco por serlo, nos exige detenernos y cuestionarnos el por qué deberíamos hacerlo, cuál es el concepto socialmente construido de *lectura* bajo el que nos encontramos hoy y cómo lo hemos ido alimentando. Estas interrogantes sobre nuestra realidad inmediata, nos permiten ahondar en los conceptos sociológicos de Bourdieu y el estructuralismo para analizar la construcción e integración del concepto de *lectura* en la actualidad.

Todo conocimiento del mundo social, es un acto de construcción que elabora unos esquemas de pensamiento y de expresión, y que entre las condiciones de existencia y las prácticas o las representaciones, se interpone la actividad estructurante de los agentes que, lejos de reaccionar mecánicamente a los estímulos mecánicos,

responden a los llamamientos, a las amenazas de un mundo cuyo sentido ellos mismos han contribuido a producir.³⁰ Por lo que concientizar los procesos de apropiación y subjetivación de un mundo objetivado de la lectura, nos permite caminar con más cuidado por los senderos, rectificar los caminos trazados o cambiar de dirección los futuros.

1.2 Tres estados del capital cultural

a. ¿Qué es el capital?

Los tres estados del capital³¹ que propone Bourdieu para lo que sería el inicio de su Teoría del Capital Cultural parten de la definición de *capital* abordada por Marx y entendida como el trabajo acumulado bien en forma de materia o bien en forma interiorizada o “incorporada”. Así, él reconoce en esta definición un carácter insuficiente y poco certero. Por ello, propone tres estados del capital que se expresan de diferentes maneras: El capital económico, el capital social y el capital cultural.

El egresado de la Escuela Normal Superior de París conjunta estos tipos no sólo para ampliar el concepto marxista de *capital*, sino también para tomar distancia del mismo Marx y comenzar a decantarse más por el estructuralismo que lo ha caracterizado a lo largo de sus estudios. Estos tipos de capitales se diferencian y se complementan entre sí; los primeros se toman casi de manera literal, pero cabe destacar que el capital social se refiere únicamente a las relaciones que se generan entre los sujetos sociales.

Este tipo de capital no incluye una relación de tiempo-espacio y se limita más bien a lo que es la interacción momentánea y obligada de una parte con otra y que parece estar más bien burocratizada. Es decir, en el tema de la lectura, este capital

³⁰Bourdieu, Pierre. *La distinción*. Taurus. México. 2014. p. 550.

³¹ *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Desclée. 1993. pp.131–164. Consultado el 19 de noviembre de 2014 en: <http://www.magazineinsitu.com/capital/formas%20de%20capital.pdf> .

social se sincroniza con el campo social que el mismo Pierre propone, la diferencia entre estos dos conceptos se puede ver más clara si imaginamos dimensiones espaciales: mientras el campo social vendría a ser una ‘arena’ o un espacio de dos dimensiones equivalente a un área, el capital social adquiere una tercera dimensión para convertirse en volumen e integrar a los sujetos sociales dentro de su concepción. Con el paso del tiempo, Bourdieu propuso un cuarto tipo de capital, el *capital simbólico*.

La lectura puede encontrar matices diferentes en cada uno de los capitales, pero es en el capital cultural y el capital simbólico que alcanza su plenitud por el mosaico de simbolizaciones que presenta y donde se deja ver una raíz que registra la historia, las prácticas y el espacio-tiempo en un campo social determinado.

La lectura es constituida por diferentes tipos de capitales para esculpirse como un conglomerado de oportunidades de significación en un contexto donde leer literatura es importante; es por ello que se retoma a continuación el capital cultural para entender la consistencia del atlas que se intenta construir:

El capital cultural puede existir bajo tres formas: en el estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en el estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, maquinaria, los cuales son la huella o la realización de teorías o de críticas a dichas teorías, y de problemáticas, etc., y finalmente en el estado institucionalizado, como forma de objetivación muy particular, porque tal como se puede ver con el título escolar, confiere al capital cultural —que supuestamente debe de garantizar— las propiedades totalmente originales.³²

Análogamente a lo que se propone aquí, la lectura también encuentra su capital cultural sobre todo en dos de las tres formas propuestas por Bourdieu: como estado objetivado, la lectura se expresa en el libro, que a la vez puede considerarse como un bien cultural y por lo tanto, también se genera un capital económico cuando se

³²Bourdieu, Pierre. “Los tres estados del capital cultural”. *Sociológica*. Núm 5. UAM- Azcapotzalco. México. p. 12.

habla del mercado del libro como una objetivación de la cultura, es aquí donde comienza a visualizarse un campo de producción cultural.

A propósito de este tipo de capital, Bourdieu también hace una aclaración: “Es preciso recordar que el capital cultural objetivado no existe y no subsiste como capital cultural material y simbólicamente más que en y por las luchas que se desarrollan en el terreno de los campos de producción cultural [...] y, más allá, en el campo de las clases sociales...”³³. En una forma muy sutil, se sugiere que sin la lucha de clases sociales, el capital cultural objetivado no tendría que representarse ni de forma material ni de forma simbólica, muy probablemente porque, en el fondo, esos objetos y significaciones sirven para distinguirnos del *otro*.

Una segunda forma de capital cultural de la lectura es la de estado institucionalizado que legitima el capital simbólico, como el entonces Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) que parte de su existencia la dedicaba al fomento a la lectura desde la trinchera gubernamental³⁴ o bien las instancias de educación pública. Incluso, muchas de las partes que son promotoras de lectura pertenecen a ONG's tanto nacionales como internacionales; International Board on Books for Young People³⁵ (IBBY-México) es un ejemplo de ello, pues ha sido fundador de la Feria del Libro Infantil y Juvenil así como de los famosos “bunkos”, bibliotecas comunitarias en zonas marginadas de la república.

Adentrándonos un poco más en este esbozo de conceptos sociológicos, retomamos al libro para darle no sólo un rango histórico del que ya hablamos, sino también para agregar una dimensión que integre la dinámica y las prácticas de los sujetos en un entorno social que delimite ciertos comportamientos y también ciertos prejuicios de los sujetos lectores y los no lectores, así como formas de producción cultural de la lectura que devienen en la transformación/permanencia de la estructura.

³³Bourdieu, Pierre. *Distinción*. *Óp. Cit.* p. 268.

³⁴ El 18 de Diciembre de 2015, se aprueba la creación de la Secretaría de Cultura, absorbiendo los poderes y las funciones de CONACULTA, haciendo que esta última desapareciera.

³⁵Véase Ibbby, página oficial: <http://www.ibbymexico.org.mx/>.

En este sentido, una característica que encontramos en varias definiciones de diccionarios es su carácter de cosa, de objeto: “Conjunto de muchas hojas de papel u otro material semejante que, encuadernadas, forman un volumen”³⁶, pero esto no es suficiente. Por lo tanto, en esta investigación consideraremos al libro como una forma de capital; combinaremos dos tipos de capitales también manejados por Bourdieu: el capital económico y el capital cultural en un estado objetivado. Por un lado, el capital económico refiere “a las condiciones materiales de existencia que abarca las diferencias sociales expresadas en el consumo de los individuos o grupos sociales”³⁷. El segundo tipo de capital nos permite hablar del libro como un bien cultural. Si combinamos estas dos dimensiones para nuestro concepto, obtenemos un bien cultural que refleja el consumo de individuos o de grupos sociales que son afines a cierto sector económico.

Pero esto no es por completo lo que la lectura representa. Lo que le da una gran amplificación es el capital simbólico producto también de un proceso cultural e histórico. Este capital simbólico de la lectura está formado a su vez por tres elementos: la lectura como motor de cambio social, la lectura como forma moderna de adquirir conocimiento y la lectura como objeto de valor monetario.

b. Capital simbólico

Una de las grandes aportaciones de Bourdieu fue matizar el concepto de capital propuesto por Marx y agregar una categoría simbólica a este concepto, que para fines de la investigación resulta útil porque permite esculpir en profundidad dinámicas de la vida cotidiana. Se entiende por capital simbólico:

³⁶Definición de libro. RAE. Consultado el 20 de noviembre de 2014. En: <http://lema.rae.es/drae/srv/search?id=ms5abnjAnDXX2CWM8vYI> .

³⁷Colorado Carvajal, Aldo. *El capital cultural y otros tipos de capital en la definición de las trayectorias escolares universitarias*. X Congreso Nacional de Investigación Educativa. Consultado el 26 de mayo de 2014. En: http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v10/pdf/area_tematica_16/ponencias/1732-F.pdf .

El reconocimiento, institucionalizado o no, que reciben quienes desarrollan el habitus³⁸ adecuado para participar en el juego e ilusionarse con sus apuestas [...] Cualquier especie de capital puede convertirse en capital simbólico cuando es percibido según unas categorías de percepción que son, al menos en parte, fruto de la incorporación de las estructuras de un universo social o de un campo específico dentro de él. Los innumerables actos de reconocimiento que exigen la inmersión en un campo contribuyen a la creación colectiva de capital simbólico.³⁹

La lectura como capital simbólico ha adquirido ese reconocimiento por parte de la sociedad y se ve expresado en la grandeza y admiración que sentimos por ésta. Respetamos a todo aquel que lee, y aunque no seamos lectores, sancionamos a aquel que no lo hace.⁴⁰

¿Pero por qué el capital simbólico es tan importante y/o determinante? Porque de acuerdo a Bourdieu,⁴¹ este tipo de capital, junto con el religioso, son los únicos que podrían considerarse como acumulables cuando no son reconocidos como capitales económicos. En un sentido marxista, el capital acumula un valor económico, “visible”, intercambiable. Pero el riesgo de la posibilidad de ese intercambio está justo en que su acumulación puede equivaler a otra cosa. El capital simbólico al ser “invisible” se acumula a lo largo de la historia pero además de eso, no tiene un valor de cambio; ahí está su grandeza, ahí está su inutilidad -en un sentido económico.

Por eso considerar que la lectura tiene un capital simbólico implica reconocerla como una autoridad que ha modificado tanto al sujeto como al objeto social. Dentro del capital simbólico de la lectura hablaremos de los procesos de la conformación de éste, sus elementos y sus expresiones a lo largo del trabajo.

³⁸ De este concepto se hablará más adelante.

³⁹ Fernández Fernández, José Manuel. *Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu*. Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica). Consultado el 05 de mayo de 2014 en internet.

⁴⁰ Baste la experiencia del actual presidente de México, Enrique Peña Nieto, que durante los marcos de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2012 no pudo mencionar tres libros leídos y fue sancionado socialmente tanto en la prensa como en redes sociales por dicho acontecimiento.

⁴¹ Véase Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Taurus. España. 1991. p. 198.

Merece la pena recordar que todo tipo de capital siempre se desarrolla dentro de un campo determinado. Los conceptos de capital y campo, de forma inexorable, van de la mano, funcionan como una dualidad en donde no puede existir uno sin el otro. El campo es para el capital lo que el camino es para un auto, sin importar que sea hable de asfalto o terracería. Podríamos considerar al campo como el soporte del capital que ayudar a ubicarnos en la cartografía simbólica para delimitar ciertas situaciones en donde leer es importante o no, por ello es necesario definir a qué nos referimos cuando mencionamos esta dualidad inseparable.

c. ¿Qué es el campo?

Los campos sociales para Bourdieu son eje central de su teoría y han sido expuestos a lo largo de sus diferentes estudios de manera exhaustiva para integrar una lógica de pensamiento teórico. Con la construcción de la noción de campo, el sociólogo francés comenzó a tomar distancia del análisis de las obras culturales, tanto del formalismo —que otorga a los ámbitos de producción un sentido de alto grado de autonomía—, cuanto del reduccionismo⁴². Fue así como comenzó a trazar su propia línea de estudio.

Los campos sociales juegan un papel en el que está inmersa su construcción misma. Es decir, obedecen a las dinámicas sociales que cambian con el tiempo y así, modifican del mismo modo su propia forma de funcionamiento. Por lo tanto, podemos entender a los campos como “espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias”⁴³, lo que nos permite pensar a la lectura como un proyectil de acciones históricas que dibujan y desdibujan dinámicas de acción social; en este sentido, se rescata el hecho de que es aquí donde ocurre el atlas simbólico de la lectura en tanto “todo campo es el lugar de una lucha más o menos declarada por la definición

⁴²Alicia B. Gutiérrez en *El sentido social del gusto*. Siglo XXI editores. Buenos Aires. p. 9.

⁴³*Ibíd.* p. 11.

de los principios legítimos de división del campo”⁴⁴. En este sentido, y como concepto central de la teoría de Bourdieu, aquí es donde entra en juego toda la dimensión social de la lectura.

Cuando se habla de que los campos tienen sus propias instituciones específicas se habla de una en la que existen productores y consumidores. Ambas partes están mediadas por esas instituciones que legitiman el proceso de consumo y que insertan a los sujetos sociales en el juego a través de una *creencia* que además brinda un sentido de pertenencia y también de distinción.

Pero no necesariamente todos los campos refieren a procesos de consumo. Cada campo puede ser más o menos específico según sea el caso. En el campo de la medicina, si un doctor no ha leído a Shakespeare, no importará mucho, mientras pueda medicar bien al paciente o tener una cirugía exitosa. Es en el campo de la producción cultural, en el de la literatura y sobre todo, en el campo de clases sociales donde la lectura toma importancia.

Entendido como un sistema de posiciones y de sus relaciones objetivas, el campo, en sentido general, asume también una existencia temporal de lo que implica introducir la dimensión histórica en el modo de pensamiento relacional⁴⁵. Nadie en la Edad Media —a excepción de Martín Lutero— creería que promover la lectura era una buena acción y que eso llevaría a las personas a ser *mejores*, en primer lugar porque los libros eran un objeto monopolizado por el clero, en segundo porque la mayoría de los libros estaban escritos en latín y en tercero, porque el nivel de alfabetismo era ínfimo. El ejemplo anterior es una pequeña muestra de que los campos sociales no siempre han sido los mismos: donde los índices de alfabetismo ni siquiera existían, hoy nos encontramos no sólo frente a toda una catalogación y estratificación de realidades construidas a partir de la lectura, sino también frente a una promoción a la lectura que parece estar en todos lados.

⁴⁴*Ibíd.*, p. 13.

⁴⁵*Ibíd.* p. 11.

A propósito de esa transformación histórica de los campos, debemos estar conscientes de que es importante la existencia de intermediarios, algunos de los cuales actúan como instancias de consagración y legitimación específicas del campo, y del surgimiento de la diversificación y de la competencia entre productores y consumidores⁴⁶, en este caso, los intermediarios no sólo se quedaron en Martín Lutero, en general la institución de la educación universitaria en la Edad Media fungió como uno de los principales activadores del ejercicio lector, legitimando a la lectura en un ámbito académico y dándole diversidad en el tema de producción con el surgimiento de las casas editoriales universitarias, todo esto sin saber que su realidad sería transformada de manera radical con la llegada de la Modernidad.

Gracias a este hecho histórico, se puede hablar de un capital cultural incorporado de la lectura reflejado no sólo en el aparato gubernamental de la literatura —como Secretaría de Cultura o SEP, instituciones que promueven el fomento a la lectura y la producción editorial—, también se refleja en otras instituciones que legitiman este proceso, como la publicidad de algunas librerías que reafirman ciertos prejuicios: “La diferencia entre un serebro y otro cerebro”, “Al fin, un lector más”; estos anuncios no hacen más que legitimar a la lectura publicitariamente, tomando una función no sólo de intermediario, sino también de productor de los bienes simbólicos.

El campo de producción y de circulación de los bienes simbólicos se define como el sistema de las relaciones objetivas entre diferentes instancias caracterizadas por la función que cumplen en la división del trabajo de producción, de reproducción y de difusión de los bienes simbólicos.⁴⁷ En este sentido, las casas editoriales, junto con la librerías y las bibliotecas son las que en su mayoría se mueven en este tipo de campo, pero siempre con el objetivo de llegar al campo del consumo que se verá reflejado en las adquisiciones librescas de los sujetos, mismos que crean ritos y prácticas sociales en torno al consumo del libro. De esta forma, la lectura va

⁴⁶*Ibíd.* p. 13.

⁴⁷*Ibíd.* pp. 89-90.

atravesando esferas que van desde la producción hasta el campo social valiéndose de intermediarios y agentes que crean sus propias prácticas y prejuicios a partir de la lectura y en torno a ésta, legitimando y aportando valor simbólico al capital de la misma naturaleza.

Pero la legitimación no se queda ahí, nuestras prácticas sociales también lo hacen de una forma inadvertida dejando entrar al juego de la dualidad de la Estructura de la que habla Giddens –de quien se hablará más adelante. Es por ello que el campo social de la lectura también forja la estructura-estructuración a través de las prácticas sociales y los prejuicios pero siempre a través de los intermediarios; al respecto, Bourdieu recuerda: “Para que un campo funcione, es necesario que haya gente dispuesta a jugar el juego, que esté dotada de los *habitus* que implica el conocimiento y el reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, que *crean* en el valor de lo que allí está en juego. La *creencia* es, a la vez, derecho de entrada a un juego y producto de la pertinencia a un espacio de juego.” De esta forma, la lectura se vuelve importante en tanto sea reconocida como importante, es decir, la lectura en el campo de la literatura obedece a ciertas reglas, a cierto *juego* al que entran los sujetos, mismos que reconocen su importancia y hacen sus dinámicas y comportamientos con base en ello.

Por ello, el concepto de campo social pasa a ser una categoría concepto que abraza la dimensión social de la lectura y que junto con el capital simbólico, son los puntos nodales y las coordenadas de partida de esta investigación.

1.3 La integración simbólica: El atlas, capital y campo

Partiendo entonces de la lectura como una actividad que trasciende al individuo y que se populariza con la llegada de la imprenta, se ha ido conformando de diferentes aspectos históricos que le permiten la creación de un capital simbólico en el campo de las clases sociales; la lectura, aunada a un concepto de libro que combina dos tipos de capitales también manejados por Bourdieu —el capital

económico y el capital cultural en un estado objetivado, donde el capital económico refiere “a las condiciones materiales de existencia que abarca las diferencias sociales expresadas en el consumo de los individuos o grupos sociales”⁴⁸ y el segundo tipo de capital nos permite hablar del libro como un bien cultural—, se ha podido simbolizar a lo largo de la historia al tiempo que se ha convertido en un bien cultural que refleja el consumo de individuos o de grupos sociales que son afines a cierto sector económico y que generan las prácticas sociales y los prejuicios a través de un *habitus* que, de acuerdo con el planteamiento estructuralista que aquí se plantea, “es el *principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasamiento (principium divisionis)* de esas prácticas. Es en la relación entre dos capacidades que definen al *habitus* —la capacidad de producir unas prácticas y unas obras enclasables y la capacidad de diferenciar y apreciar estos productos (gusto)— donde se constituye el *mundo social representado*, esto es, el *espacio de los estilos de vida*”.⁴⁹

El libro como una objetivación de la lectura y, a la vez, como un obra enclasante en tanto que refleja un poder de adquisición, conlleva dentro de sí la capacidad de apreciación que refleja el *gusto* de los sujetos para diferenciarse entre sí. Es decir, el libro es un potenciador y creador de *habitus* en tanto tiene la capacidad de producir prácticas sociales como leer todos los días 20 minutos, o ir al café exclusivamente a leer, junto con la capacidad de apreciación, de distinción que evidentemente se ve reflejada en cierto tipo de consumos, comportamientos y pensamientos. Por lo tanto, el concepto de *libro* en este trabajo nos ayuda mucho para describir el tercer componente del capital simbólico de la lectura: el monetario.

Ahora bien, la lectura, decantada en el soporte del libro y que se ha practicado mayormente a partir de la Modernidad con la llegada de la imprenta, ha sido objeto de un cambio de rigor en la forma de adquirir el conocimiento que no se redujo al cambio de tradición oral a la tradición escrita, sino que se caracterizó por ser

⁴⁸Colorado Carvajal, Aldo. *Óp. Cit.* Consultado el 26 de mayo de 2014. En: http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v10/pdf/area_tematica_16/ponencias/1732-F.pdf.

⁴⁹Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p. 200.

adquirido en primera instancia en lengua sacra (latín) y posteriormente en lenguas populares. El libro se ha vuelto por excelencia, el contenedor de conocimiento más antiguo desde su aparición; como bien apunta Umberto Eco: “O bien el libro sigue siendo el soporte para la lectura o se inventará algo que se parecerá a lo que el libro nunca ha dejado de ser, incluso antes de la invención de la imprenta”.⁵⁰ Lo que no sólo permitió tener un archivo de la Historia y de lo que fuimos, sino desarrollar ideas a partir de las ya planteadas en algunas obras.

El que el libro fungiera como un contenedor de ideas propició a que las palabras contenidas en novelas, libros académicos y cuentos trastocaran la dimensión social de pensamiento. La lectura por segmentos animó a sus practicantes a leer de forma activa y a imponer sus propios esquemas en su material de lectura. Asimismo esto se adaptó a la “lectura para la acción”, es decir, “una forma de lectura adecuada para [...] quienes acudían a los libros con el fin de determinar sus actos en tiempos difíciles, y no por ir en busca del saber por el saber mismo o para entretenerse”.⁵¹ De esta forma, la lectura y el libro se vuelven un motor de cambio social que aparecen primero en forma de pensamiento y posteriormente se traslapan a la acción.

De esta forma, la integración del capital simbólico del atlas, en el campo de las clases sociales y de la literatura parte en primera instancia de la construcción de un espacio social “cuyas tres dimensiones fundamentales estarían definidas por el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución del tiempo de estas dos propiedades”.⁵² En este caso, el volumen del capital está compuesto por tres elementos⁵³: 1) la lectura como forma moderna de adquirir conocimiento, 2) la lectura como motor de cambio social y 3) la lectura como objeto de valor monetario. Es menester aclarar que estos componentes no se han dado de una forma lineal y aislada: se han presentado de forma conjunta y simultánea, creando

⁵⁰En Eco, Umberto y Jean-Claude Carrière. *Nadie acabará con los libros*. Editorial Lumen. México. 2010. p. 20.

⁵¹Darnton, Robert. *El coloquio de los lectores*. Fondo de Cultura Económica. México. 2003. p. 149.

⁵²Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p. 130.

⁵³Estos tres elementos son a la vez implicaciones del atlas simbólico de la lectura y de los que se hablará más detenidamente en el capítulo tercero.

una estructura del capital de forma sincrónica y diacrónica. Tampoco quiere decir que estos elementos son únicos e irremplazables, lo único que se trata de hacer, es poner sobre la mesa los factores que, desde mi perspectiva, han dado pie a este capital simbólico en el campo de las clases sociales y la literatura.

De este modo, el libro y la lectura han labrado un tercer pilar en su capital simbólico: el de valor monetario, que deja entrever la creación de un nuevo mercado en la industria del papel: el libro y sobre todo, la creación de un nuevo público objetivo: los lectores. Es así como las dinámicas, que tanto impresores, autores y lectores tuvieron durante los albores del periodo laico del libro, se han ora modificado ora permanecido para hacer una división de los *distinguidos*. No existe, pues, nada que distinga de forma tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas, “la aptitud para adoptar un punto de vista propiamente estético sobre unos objetos ya constituidos estéticamente”.⁵⁴ Por lo anterior, el consumo del libro es la forma culminante y de máxima distinción para los lectores. Incluso las copias o los engargolados por más obra literaria que contenga, pierde su disposición estética y su legitimidad en cuanto al libro como *objeto* distinguido de la cultura.

La legitimidad que los sujetos sociales le han otorgado a la lectura es posible porque la hemos construido como un elemento culturalizador que ha acumulado, con el paso del tiempo, un capital cultural y simbólico dentro de un campo social y ha dado como resultado diferentes componentes que le dan volumen a sus capitales: el hecho de que la lectura sea —desde la invención de la escritura— la forma más popular de adquirir conocimiento, 2) el que esos conocimientos hayan permeados en la esfera social y se hayan (*re*)estructurado . Sin embargo, aún es necesario explorar cómo es que esta legitimidad del atlas simbólico puede permanecer y cambiar en los diferentes campos sociales; de estos cuestionamientos hablaremos en el siguiente capítulo.

⁵⁴Bourdieu, Pierre. *Distinción. óp. Cit.* p. 45.

Capítulo 2: La dimensión social del atlas simbólico de la lectura

Como vimos en el capítulo anterior, de manera imperceptible —como la mayoría de las construcciones sociales—, la lectura se ha conformado como un elemento culturalizador que posee un capital simbólico y un campo, haciendo de ésta un atlas con coordenadas simbólicas que son posibles de dibujar como un juego ontológico *(re)conocido* en la sociedad gracias a elementos que la distinguen como una forma moderna de adquirir conocimiento, como un motor de cambio social y como un objeto de valor mercantil. Esto le ha dado a la lectura un aura de legitimidad que ha pasado a ser parte del imaginario social, pero la legitimidad y el capital simbólico que existen no permanecen de forma inocente e innata, necesitan cultivarse. En la dimensión social, a través de prácticas sociales y prejuicios, es que este capital adquiere un uso práctico que permite la permanencia y ampliación del capital simbólico de la lectura.

La lectura, como un entramado de posibilidades simbólicas, se ha caracterizado por su permanencia y consolidación a lo largo del tiempo que no sólo se debe a la inercia del capital simbólico *per se* —del que hablamos en el capítulo anterior—, sino a nuestro deseo de que así sea, resultando ser una suerte de complemento individual que nos presenta ante los demás. Johann G. Fichte, filósofo idealista alemán que abrió puertas a subsiguientes desarrollos teóricos como los de Hegel, Schelling, entre otros, apunta a que “el hombre no es lo que es porque él existe, sino que lo es porque existe algo más aparte de él mismo”.⁵⁵ De esta manera construye un sujeto que no es representado, sino constituido a partir de la auto-percepción del *yo* y el *otro*, esto permite pensar que lo que nos supera y va más allá de nosotros como seres individuales, es la sociedad, que plantea un sinnúmero de juegos sociales y reglas que nos permiten (o nos limitan) a ser quienes somos.

55 Fichte, Johann G. *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*. Ediciones Itsmo. Madrid. 2002. p. 12.

En este capítulo, hablaremos de cómo la lectura, inserta en la dimensión social, se ha defendido y alimentado de nosotros a través de nuestras prácticas sociales y nuestros prejuicios, teniendo de antelano la estructura y estructuración de la que habla Anthony Giddens, y que ambas, permiten crear un juego cultural que alimenta el atlas simbólico de la lectura con la finalidad de entender que la lectura es construida socialmente no sólo como un acto, sino también como una consecuencia.

2.1 La estructuración estructurante de la lectura

Las definiciones por las que la lectura ha pasado —varias de ellas abordadas en el primer capítulo— suponen construcciones multidisciplinarias que la moldean como un proceso cognitivo, intelectual, solipsista pero también cultural. El hecho de concebimos a la lectura de ese modo, no sólo nos lleva a los caminos de la antropología, sino también de la sociología. El capital simbólico y el campo en el que la lectura se desarrolla, supone prácticas cotidianas reconocidas por los sujetos sociales que llevan a la lectura a acumular un volumen del capital que la conforma como un todo significativo y tiene su permanencia a través de propiedades estructurales que le permiten modificarse con el paso del tiempo.

a. Estructura

La lectura, como un atlas simbólico que posee un capital y un campo determinado, se ha visto en juego desde su aparición; tanto como práctica y como concepto han sufrido cambios que se acoplan a los sistemas sociales de ese momento, a las necesidades del hombre de la época. “La meta última y suprema del hombre es la perfecta concordancia consigo mismo y —para que pueda estar en armonía consigo mismo— la concordancia de todas las cosas externas con sus necesarios conceptos prácticos de ellas —esto es, con aquellos conceptos que determinan cómo deben ser

las cosas”.⁵⁶ La congruencia del hombre por lo tanto no proviene del interior, sino de factores externos que nos dictan el orden de las cosas. Esta meta se puede realizar gracias a la *estructura*, un concepto sociológico que (nos) enmarca como sujetos sociales y que al mismo tiempo, ha luchado y se ha construido gracias a las aportaciones de diferentes teóricos y nos permite entender cómo la lectura, con su atlas simbólico nos alimenta y nos define.

Durante los años de posguerra en los que había una fuerte influencia norteamericana, la teoría social de Talcott Parsons fue, para muchos, aquello que consolidó la sociología moderna. A partir de la publicación de su libro *La estructura de la acción social* plantea un análisis sistemático de la teoría social basada sobre todo en la larga tradición sociológica europea de Durkheim, Weber, Pareto y Marx. De este modo, la propia Europa volteó hacia su tradición sociológica que había olvidado hace un par de años y fue así como se reformuló la propuesta de la Teoría de la Estructuración esbozada por Anthony Giddens.

En la teoría de la estructuración, se mira como «estructura» reglas y recursos con implicación recursiva en una reproducción social; ciertos aspectos institucionalizados de sistemas sociales poseen propiedades estructurales en el sentido de que por un tiempo y un espacio hay relaciones que se «estabilizan»⁵⁷. Esto le brinda un carácter dual que permite una evolución gradual, a veces desapercibida gracias a sus grandes periodos de permanencia. Durante la Edad Media, las prácticas de la lectura fueron a menudo las mismas, pero en esas pequeñas excepciones hubo espacios para el cambio. Hoy no podríamos decir que leer en dispositivos electrónicos no afectará la lectura de libros impresos, eso es algo que Giddens le dejaría a la estructuración, de la que hablaremos más adelante.

El replanteamiento del teórico inglés se basa en la premisa de que este “dualismo [sujeto y objeto social] se tiene que reconceptualizar como una dualidad: dualidad de estructura”⁵⁸. En este sentido, Giddens intenta hacer una aclaración al hablar

⁵⁶Fichte, Johann G. *Op. Cit.*, p.15.

⁵⁷Giddens, Anthony. *Op. Cit.*, p. 32.

⁵⁸*Ibid.*, p.22.

de la Estructura y de sus acepciones dominantes de «reglas»⁵⁹, donde aclara que el concepto rompe con el carácter mecánico que se le había atribuido hasta entonces. Es de esta forma como llegamos a su concepto:

Estructura denota entonces, en análisis social, las propiedades articuladoras que consienten la «ligazón» de un espacio-tiempo en sistemas sociales [...] Decir que la Estructura es un orden virtual de relaciones transformativas, significa que sistemas sociales, en tanto prácticas sociales reproducidas no tiene «estructuras», sino que más bien representan «propiedades estructurales», y que una estructura existe como presencia espacio-temporal, sólo en sus actualizaciones en esas prácticas y como huellas mnémicas que orientan la conducta de agentes humanos entendidos.⁶⁰

En este sentido se habla de una Estructura no necesariamente limitante, sino más bien constructiva que le permite al sujeto poder insertarse dentro de los sistemas sociales, reproducirlos y modificarlos. Ahora bien, las propiedades estructurales de los sistemas sociales existen sólo con tal de que formas de conducta social se reproduzcan inveteradamente por un tiempo y un espacio.⁶¹ Muchas de estas repeticiones son gracias a una «conciencia práctica»⁶² que está apenas por encima del inconsciente y que consiste en dar las cosas por hecho por parte del sujeto y a partir de ello, construir más conceptos o tener movilidad dentro del mismo sistema social; en otras palabras, y comparando teorías sociológicas, podría decir que la conciencia práctica es la combinación del *habitus* más el capital, por lo que la fórmula de Bourdieu para las prácticas sociales podría ser sustituida por:

[(*habitus*) (capital)] + campo= práctica social

[conciencia práctica] + campo= práctica social

Sustituyendo la fórmula de Bourdieu por los valores que hemos dado en nuestra investigación, quedaría de la siguiente forma:

⁵⁹Véase *Ibid.*, p.54-55.

⁶⁰*Ibid.*, p.53-54.

⁶¹*Ibid.*, p.2.

⁶²*Ibid.*, pp. 41-50.

(*habitus*) +(atlas simbólico de la lectura)= práctica social de la lectura y a partir de ésta.

Esta pequeña combinación de conceptos no sólo enlaza las tradiciones sociológicas, le da al sujeto social el poder de modificar las propiedades estructurales de un sistema social. La 'estructura' se puede conceptualizar como elementos normativos y códigos de significación: dos aspectos de reglas. También son dos clases de recursos de autoridad, nacidos de la coordinación de actividad de agentes humanos, y recursos de asignación, que provienen del control sobre productos materiales o sobre aspectos del mundo material.⁶³ Si es cierto que los agentes humanos le han dado un valor a la lectura, también la lectura nos ha asignado a nosotros un valor como humanos. Tan es así que muchos creen que leer hace 'mejor' a una persona que a otra. En los recursos de la asignación de la lectura, inminentemente nos encontramos con el libro y los aspectos que éste sugiere, es ahí donde muchas veces entra el cuidado editorial porque no es lo mismo un libro de crucigramas y acertijos, que sobre filosofía moderna.

Con todos estos elementos, llegamos a ser parte de la estructura y ella de nosotros; el hecho de que se vea reflejada en nuestras rutinizaciones de manera cotidiana, nos lleva a generar prácticas sociales con propiedades estructurantes.

La estructura es como ese pequeño destello que no siempre se puede ver, pero que cuando se hace visible, se encuentra en el punto más lejano y profundo. Por ello resulta tan difícil cambiarlo, pero no imposible. Pensando en este carácter de cambio, Giddens propone que la estructura es dual; tiene esa otra parte que le permite acoplarse al tiempo-espacio de cada sociedad. A eso, Giddens le llama *estructuración*.

b. Estructuración

Para completar el teorema de Giddens, hace falta hablar sobre la estructuración, que refiere a “los modos en que esos sistemas [sociales], fundados en actividades

⁶³*Ibid.* p. 32.

inteligentes de actores situados que aplican reglas y recursos en la diversidad de contextos de acción son producidos y reproducidos en una interacción”.⁶⁴ Es en esta dimensión donde las prácticas sociales pueden crear cambios y permiten la modificación-permanencia de la Estructura; se vuelve tanto un medio como un resultado de las prácticas que se organizan de manera recursiva por los agentes. La lectura, que comenzó como una práctica junto con la aparición del libro, generó no solamente una nueva acción, la acción de leer en primera instancia con un carácter monástico y posteriormente ya en el periodo laico, sino que de esa acción se desprendieron otras tantas independientes que no necesariamente tienen que ver con el hecho de leer.

Giddens hace hincapié en resaltar el concepto de estructuración porque en las tradiciones estructuralistas normalmente la «estructura» aparece como algo externo a la acción humana, como una fuente de restricción impuesta a la libre iniciativa del sujeto independientemente.⁶⁵ Consecuentemente, la estructuración resta importancia a visión aportando una concepción distinta, donde la estructura es entonces una intersección de presencia y de ausencia, en estos pequeños momentos de intersección se encuentra la estructuración.

Visto desde dos flancos, esta categoría también puede ser comprendida como un campo de lucha, “como un sistema de relaciones objetivas en las que las posiciones y las tomas de posición se definen relacionamente y que domina además a las luchas que intentan transformarlo: solo por referencia al espacio de juego que las define y que ellas tratan de mantener y de redefinir más o menos por completo en tanto que tal espacio de juego, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que tienen como punto de mira el conservar, el transformar o el transformar para conservar.”⁶⁶. La estructuración es un campo de batalla donde la lectura intenta mantenerse y, a la vez, modificarse con el uso de los sujetos sociales.

⁶⁴*Ibid.*, p. 61.

⁶⁵*Ibid.* p. 53.

⁶⁶Bourdieu, Pierre. *Distinción. Op. Cit.* p.184.

Mientras que la estructura se caracteriza por una ausencia del sujeto, la estructuración apela a las condiciones que gobiernan la continuidad o transmutación de las estructuras y, en consecuencia, la reproducción de sistemas sociales⁶⁷. Para que estas continuaciones o transformaciones sucedan, es necesaria la participación del sujeto a través de sus reiteraciones en determinados espacios y sistemas sociales. La necesidad de leer ha creado varias formas de reproducción de los libros, uno muy antiguo fue el sistema de *peccia*, explicado en el primer capítulo, que hoy ha desaparecido gracias a los avances tecnológicos que supone la imprenta y la transformación del consumo de libros a lo largo del tiempo, es decir, gracias a los cambios de sistemas sociales.

Es por ello que el concepto de estructuración está íntimamente relacionado con el de prácticas sociales, no hay uno sin el otro; es el que marca —en gran medida— la diferencia con la teoría de Parsons, quien establecía que la Estructura se imponía de manera sistémica y autoregulada funcionando mecánicamente, dejando fuera al sujeto social y enfocándose sólo en el objeto. Con Giddens podemos ver que el sujeto tiene la oportunidad de ir cambiando la Estructura a través de las prácticas sociales recursivas que por un lado están históricamente dibujadas por la Estructura pero que a la vez, permiten modificar a ésta de una forma inadvertida y no planificada. La imprenta llegó de forma inadvertida y en pocos años se popularizó y cambió no sólo la estructura de cómo hacer manuscritos, sino también se acrecentó el número de lectores que había.

La lectura, como una actividad naciente de la época moderna, comenzó a crear estas prácticas sociales en la cotidianidad, volviéndolas una recursividad de los sujetos que devino en la modificación —a largo plazo— de la Estructura, del mismo modo que estructuró también a los sujetos sociales, en pocas palabras, hubo un proceso de estructuración.

⁶⁷Giddens, Anthony. *Op. Cit.* p.61.

c. Dualidad de estructura

La dualidad de estructura es, en todas las ocasiones, el principal fundamento de continuidades en una reproducción social por un espacio-tiempo. A su vez supone el registro reflexivo que los agentes hacen en la *duración* de una actividad social cotidiana, y en tanto es *constitutiva* de esa duración.⁶⁸ Los anuncios publicitarios que la librería Gandhi⁶⁹ intentan reafirmar la práctica de la lectura como una acción distintiva a través del uso sarcástico de sus frases, con el fin de concientizar al sujeto sobre las implicaciones intelectuales (también supuestas por el atlas simbólico) de leer.

Las propiedades estructurales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva. Esto es lo que implica una dualidad de estructura, una flexibilidad de lo que anteriormente se conocía como inquebrantable y fijo.

De esta forma, la dualidad de estructura representa todo el proceso de fondo entre la estructura y las interacciones a través del accionar de los sujetos sociales, es decir la estructuración, y cómo éstos se comunican entre sí para lograr que las prácticas sociales no sólo permanezcan o se modifiquen, sino que signifiquen, dominen, legitimen e incluso castiguen a los sujetos que no reconozcan las asignaciones de capitales o bien que se encuentren en condiciones diferentes y no las entiendan. El atlas simbólico de la lectura, junto con el *habitus* suponen el reconocimiento de las prácticas sociales en torno a la lectura y a partir de ésta con los castigos y reconocimientos que los mismos sujetos han creado: quien no lee es una ‘mala persona’ y automáticamente una persona analfabeta es ignorante porque no puede adquirir conocimientos leyendo.

Es por ello que para el sujeto, la dualidad de la estructura supone un mundo de posibilidades simbólicas contextualizadas, que a pesar de ser estables en un momento dado, cambian con las prácticas sociales, haciendo una conjunción entre

⁶⁸Giddens, Anthony. *Op. Cit.*, p.63.

⁶⁹ La librería Gandhi es una de las más famosas en la Ciudad de México gracias a la campaña publicitaria dirigida por la agencia Ogilvy & Matter desde 2001.

el capital simbólico y el campo. Este proceso provoca que a lo largo del tiempo, se asigne cierto tipo de capital a cierto tipo de cosas. En el caso de la lectura, al pasar los años, ineludiblemente las prácticas sociales fueron cambiando conforme las necesidades de los sujetos, lo que amplió el capital simbólico de la lectura en tanto entendimiento y que de manera material, se le asignó al libro. Por ello, el libro representa hoy, un cúmulo de simbolismos históricos contextualizados que enmarcan la tradición escrita y la tradición lectora, creando rituales, libros y consumos 'bien vistos' socialmente.

El dinamismo que otorga la interacción de los sujetos sociales en tanto prácticas sociales, permitió no sólo a Giddens ofrecer una teoría más compleja y dinámica, sino también reconocer un nivel de comunicación que va más allá de las intenciones comunicativas de 'qué y por qué' se quiere decir algo, la comunicación se sirve, en este caso, de la forma de ser de los sujetos sociales, creando percepciones no sólo no verbales, sino también fuertemente reiterativas en el accionar del 'individuo' para confirmarse ante los demás como un lector.

Todo esto, envuelve a la lectura en una dimensión social, haciendo que entre a un juego donde los sujetos también tienen el poder de asignarle o quitarle capital de cualquier índole a la lectura. Es en el espacio social donde la lectura es dual en tanto forma parte de la estructura-estructuración, lo que permite que el atlas simbólico permanezca hasta la actualidad y se modifique con los usos cotidianos de los *lectores* y *no lectores*.

2.2 Prácticas sociales de la lectura

La legitimidad que le hemos otorgado a la lectura, dentro de un atlas simbólico, se vale de este entramado de elementos estructurales que pueden modificarse a lo largo del tiempo gracias a las prácticas sociales de los sujetos. Algunas de estas recursividades han sido más largas que otras pero siempre con la característica de ser modificables.

Los elementos que anteriormente se desarrollaron se describieron con el propósito de poder entender cómo es que funcionan las prácticas sociales en los sistemas con propiedades estructurales. Y cómo es que de esta forma, la lectura como práctica social *per se* y generadora de otras tantas, ha ido cambiando, multiplicando y acumulando posibilidades simbólicas en un atlas que refuerza y crece reiterativamente con cada práctica de la lectura en la dimensión social.

El concepto de lectura que propone Roger Chartier se desarrolla de manera clara y hace honor a la tradición sociológica francesa al romper con la relación condicional de la escuela norteamericana al tomar en cuenta al lector y a su interpretación, empero la práctica social de la lectura, para Chartier, es la lectura en sí, convirtiéndola en un ritual que tiene que ver con sentarse a ciertas horas del día, leer en una posición o en otra; la lectura, como práctica, redundante en la lectura misma para el teórico francés. Sin embargo, como dice Fernando Escalante durante una entrevista con Juan Domingo Argüelles: “La lectura está inmersa siempre en un campo de prácticas sociales”.⁷⁰

Esta investigación propone conceptualizar a la lectura como generadora de prácticas sociales en torno a ésta y a partir de ésta, es decir, se desprenden de ésta actividades que no necesariamente tienen que ver con el sólo hecho de leer, también con el hecho de consumir, de sociabilizar y de distinguirse —cuestión no considerada por Chartier. Estas implicaciones lectoras son posibles gracias a la ejecución de una estructura y estructuración, que traen consigo prácticas sociales que tienen de como respaldo el atlas simbólico de la lectura. Seguramente habrá muchas más percepciones teóricas y universos simbólicos de la lectura al que nos podamos avocar, pero en este trabajo nos enfocaremos únicamente en este universo planteado.

De acuerdo con Bourdieu, la práctica social no está configurada de manera monolítica, es un producto de factores combinados que, a su vez, derivan en otros que propician la dualidad de estructura; estos factores combinados no son más que

⁷⁰En Argüelles, Juan Domingo. *Historias de lecturas y lectores*. Océano. México. 2014. p.100.

los diferentes capitales de la lectura, tanto en su estado objetivado como forma de libro, como en su estado económico y capital simbólico. Para esto, el teórico francés propone la siguiente fórmula:

$$[(\textit{habitus}) (\textit{capital})] + \textit{campo} = \textit{práctica} [\textit{social}]^{71}$$

Como se pueda observar, la práctica social es el resultado de un capital existente, sea cualquiera de los tres mencionados en el primer capítulo, y junto con el *habitus*, permiten establecer una relación inteligible y necesaria entre unas prácticas y una situación de las que el propio *habitus* produce el sentido con “arreglo a las categorías de percepción y apreciación producidas a su vez por una condición objetivamente perceptible”.⁷² Una forma de categorizar el *habitus* de la lectura es a través de sus índices sistematizados por organizaciones internacionales, con ellos percibimos países alfabetas o analfabetas, lectores o no lectores. La situación que se desarrolla es el campo que propicia el juego, en este caso, el campo social.

De acuerdo con Bourdieu, el principio unificador y generador de las prácticas sociales es el *habitus* de clase “como forma incorporada de la condición de clase y los condicionamientos que esta condición impone”.⁷³ Un ejemplo claro es suponer que una persona de clase baja no sea lectora, o incluso que sea analfabeta, e intentar insertarlo en una estructura sólo por el hecho de que los estudios de organizaciones internacionales han convertido a la persona en un porcentaje. O los analfabetas funcionales, quienes sí saben leer, pero son incapaces de usar la lectura para resolver problemas o cuestiones de su vida cotidiana, ellos suman al porcentaje pero no participan como tal en el capital de los lectores.

⁷¹Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p.115.

⁷²*Ibid.* p.115.

⁷³*Ibid.* p.116.

El concepto de *habitus* está íntimamente relacionado con el de la estructuración porque permite crear cambios en la estructura y dar pie a la dualidad desde la trinchera del sujeto. “Las prácticas sociales están asociadas a la actualización y reproducción de las estructuras sociales, así como a la capacidad de intervención y modificación de estas actividades por parte de los agentes. De ahí que las prácticas posibiliten tanto la organización secuencial de diversas prácticas iniciadas por otros como su posible innovación.”⁷⁴ Por ello, las prácticas sociales se encuentran dentro en un espacio-tiempo y devienen tanto de la constitución del objeto, como la del sujeto social (campo). Es decir, la lectura, al ser practicada socialmente y crear a su vez otras prácticas, configura no sólo el concepto de lectura y libro, también configura a lo que sería el *lector* y el *no lector*, de lo que hablaremos más adelante.

Las prácticas sociales van acompañadas de la *rutinización*, entendida como “todo lo que se haga de manera habitual”⁷⁵ para poder dar una continuidad y seguridad ontológica a la vida social no sólo reproduciendo las prácticas para nosotros mismos, sino esperando que los demás también lo hagan y lo aprueben. De esta forma, se crea un continuo social que nos permita vivir en armonía. Es así como el atlas simbólico se alimenta diariamente, propiciando múltiples significaciones objetivadas y subjetivadas dependiendo de los sujetos y las situaciones a las que se enfrenten.

Al estar enmarcadas en un espacio-tiempo, las prácticas sociales también se ven modificadas por el accionar de los sujetos. La lectura misma como práctica social ha sufrido cambios. A principio de la edad moderna, “la lectura y la escritura eran actividades inseparables. Pertenecían a un mismo esfuerzo ininterrumpido por darle sentido a las cosas [...] y al llevar un registro de las propias lecturas, uno iba formando un libro propio marcado por la propia personalidad”.⁷⁶ Ahora, no necesariamente una implica a la otra; estos pequeños y probablemente imperceptibles cambios en los lectores contribuyen y reafirman la dualidad de la

⁷⁴Cohen, Ira J.”Teoría de la estructuración y praxis social”. En: *La teoría social hoy*. Alianza Universidad. Madrid. 1998. p. 367.

⁷⁵Giddens, Anthony. *Óp. Cit.* p. 24.

⁷⁶Darnton, Robert. *El coloquio de los lectores*. FCE. México 2003. p.127.

estructura en la línea del tiempo, pero también lo hacen en un espacio transformando el atlas simbólico de la lectura.

Es importante recalcar que las prácticas sociales se realizan en un campo, en este caso, la lectura se cimienta en el campo social y literario para crear su propio capital simbólico y *habitus* a partir de ello, lo que lo lleva a una legitimación poco a poco construida.

Algunas de las prácticas sociales que han surgido en torno a la lectura y a partir de ésta se pueden nombrar de manera meticulosa y exhaustiva en cada etapa de la historia. No es menester de esta investigación ahondar en cada una, sino simplemente ilustrar algunos ejemplos que permiten sustentar el planteamiento aquí desarrollado.

a. La lectura en voz alta

Una de las prácticas más comunes que ha generado la lectura, es el hecho de sociabilizar la misma aludiendo a la oralidad. La lectura en voz alta es una actividad social que permite, a través de la entonación, pronunciación, dicción, fluidez, ritmo y volumen de la voz, darle vida y significado a un texto escrito.⁷⁷ Aunque en un principio, la lectura en voz alta se usó de manera sistemática sobre todo para compartir el contenido que había en los libros, los cuáles eran escasos en aquel tiempo, hoy se usa más como una técnica pedagógica en las escuelas y hogares.

La lectura en voz alta es un ejemplo atinado de la visión chartiana de lectura como práctica social en sí misma; muestra cómo su estructura ha pasado de ser un práctica de forma sistemática y repetitiva a cumplir una función de manera indirecta: alimentar al capital cultural adquirido de los sujetos, pues al saber leer, dejan atrás su estado analfabeta y son considerados por organismos internacionales como personas con una mayor educación, sensibilidad y conocimiento.

⁷⁷Cova, Yaritza; "La práctica de la lectura en voz alta en el hogar y en la escuela a favor de niños y niñas". *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación* (2004): 53-66 p. 55.

La lectura en voz alta genera a su vez rituales pedagógicos que suponen competencia; es común ver cada lunes en las escuelas de educación básica, durante los honores a la bandera, a un niño que lee algún texto a sus compañeros relacionado con la fecha conmemorativa en cuestión. Ese niño ha pasado antes por un proceso de selección que muchas veces implica leer sin trastabilleos, con seguridad, en voz alta, etc., por lo que los alumnos con mejor desempeño académico regularmente son los que están al frente de la ceremonia. Esto genera, entre los padres y compañeros de clase, la idea de que quien es capaz de leer bien en voz alta durante los primeros años de su educación, posee una mayor inteligencia que el resto de sus compañeros. De esta forma, la lectura se convierte, más allá de una práctica social, en un estatus basado en el capital cultural adquirido de cada sujeto, alimentando de forma inconsciente el atlas simbólico de la lectura.

b. Hacer de la librería una tienda de fin de semana

Como se explicó en el primer capítulo, la lectura como acción, surge desde que se crea la escritura, antes de ello, la tradición oral imperaba en la forma de aprehender conocimientos de cualquier índole. El mundo editorial e impreso aparecen como un negocio ante la necesidad de adquirir esos conocimientos; desde los libreros de la antigua Grecia, que buscaban al mejor postor para vender las colecciones de los sabios, hasta la aparición de las grandes empresas librescas en la actualidad —como lo son Librerías Porrúa y Librerías Gandhi, ambas mexicanas y conocidas en el ámbito—, el comercio del libro ha creado su propio espacio de venta y difusión. Es ahí donde los lectores interactúan con los libros y con la gente que tiene la misma meta en aquel lugar.

Lo que en un inicio era un espacio de extensión para los talleres impresos, fue evolucionando hasta convertirse en un lugar de ventas varias, donde además de encontrar libros, se podían ver en venta muebles a consignación. Mientras que la biblioteca tenía una imagen de albergar libros de una manera monumental y pasiva, la librería aparecía como un lugar dinámico, donde los libros y los lectores entraban y salían. Este espacio de interacción comenzó como una práctica social

entre las nuevas clases burguesas del siglo XVIII cuando aparece el concepto de ocio que obedece al tiempo libre y a un entretenimiento que buscaba distinguirse de los consumos comunes de aquel entonces: el arte por el arte se reivindica y la forma de demostrar que se podía tener acceso a ello era comprando los libros.

Actualmente, las librerías han ampliado su meta de funcionar más allá de un espacio de comercio, como un espacio de intercambio y gestión cultural que es incluyente con todas las artes y que promueve, tal vez de forma inconsciente, un sentido de comunidad entre sus lectores que visitan con regularidad este sitio.

Al encontrar a un conocido en una librería, uno siente más empatía por el simple hecho de saber que el *otro* está ahí para lo mismo que *uno*: acumular la objetivación del capital simbólico de las artes y la literatura. Lo que refuerza una proximidad con ellos y a la vez una distinción de los demás, configurando la identidad del *lector* como un creador de comunidades intelectuales.

c. Pláticas de café, espacios para la lectura.

Cuando Jürgen Habermas, filósofo y sociólogo alemán enfocado sobretodo en la filosofía práctica e importante representante de la Escuela de Frankfurt, hace un esbozo sobre cómo comienza a definirse la esfera de lo público y lo privado, incluye dentro de los espacios de interacción a los cafés y lo hace de forma atinada. En los inicios de la Ilustración, el café aparece como un espacio público no gubernamental, por lo que se volvió ideal para charlas, tertulias y conspiraciones políticas y literarias. La maravilla de las cafeterías fue que más que un espacio de degustación, se convirtieron en el perfecto limbo: un espacio de carácter privado a donde todo el público podía ir para hablar de cualquier cosa. Hemos visto desfilar por numerosos cafés a grandes pensadores. Desde los clásicos cafés parisinos como La Rotonde a donde asistían personalidades como Hemingway, T.S. Elliot, F. Scott Fitzgerald; Les Deux Magots; el café londinense Ye Olde Cock Tavern protagonizado por Charles Dickens; Literaturnoe Kafé en la fría Rusia adornado

por la presencia de Dostoievski; el contrastante café Floridita, en la Habana. Y México no es la excepción.

Los cafés en México fueron, desde sus inicios, espacios de reunión, de conspiraciones políticas, de lectura de periódicos y peñas literarias.⁷⁸ De acuerdo con Salvador Novo, el primer café de nuestro país se estableció en la Ciudad de México, fue el de Manrique, en donde se presume fueron planeados varios boicots políticos y entre sus asistentes estuvo Miguel Hidalgo y Costilla.⁷⁹ Podríamos seguir mencionando cuantimás espacios que más allá del ocio, se convirtieron en anfitriones del pensamiento que hoy refuerzan la idea de un lector que devora o discute un 'buen' libro junto a una taza de café. Cuando el sujeto lector se sienta en la mesa de un café no sólo se sienta sobre la madera bajo la cual está labrado el mueble, sino que se sienta en la seguridad simbólica y cultural que le brinda la esfera intelectual y social que precede a dichos espacios que alimentaron el atlas que hoy legitimamos. Es por eso que las charlas de café sirven, sí como un espacio de discusión, pero también un espacio de seguridad ontológica para lector por lo que es una práctica social recurrente para él. Incluso *Sanborn's* tiene su propio programa llamado '*Charlas de café*' donde se discuten libros y se invita a sus autores a debatirlos y presentarlos. Es así como el café, más que como una bebida, se capitaliza en un estado objetivado como un espacio de ideas burbujeantes a propósito de la lectura, lo que alimenta el atlas simbólico de la lectura como un motor de cambio social.

Las prácticas sociales de la lectura y en torno a ésta están ahí, primero para estructurarnos como sujetos sociales y, segundo, para diferenciarnos de los demás a través de nuestras cotidianidades y de un *habitus* subjetivizado a través del atlas simbólico de la lectura que se encuentra dentro de un juego en el campo social, es por ello que las prácticas sociales de la lectura están —válgase la redundancia— social e intelectualmente direccionadas. “El sentido del espacio social, como cualquier otro sentido práctico, se refiere siempre a la *situación particular* en la

⁷⁸Díaz y de Ovando, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX*. UNAM. 2000. p.13.

⁷⁹*Ibid.* p.13.

que deben orientar las prácticas...”⁸⁰ en determinado campo. Dentro de otros campos como la medicina, la mecánica automotriz, etc., la lectura parece ser poco relevante y carente de sentido por las configuraciones simbólicas de cada campo, sin embargo en el campo literario donde los egos de los lectores están en constante juego, las distinciones y prejuicios de unos y otros son más específicas y casi imperceptibles para aquellos que no están familiarizados con el sentido práctico del campo.

2.3 Prejuicios a partir de la lectura

Si bien es cierto que las recursividades de los sujetos permiten una estabilidad y un reforzamiento del atlas simbólico de la lectura, hay algo que podría considerarse aún más 'primitivo' que la práctica social y que de la misma forma, mantiene el orden y alimenta el atlas: el prejuicio. Se podría decir 'primitivo' sólo en un sentido de antecedente a la práctica social. Los prejuicios son, en muchas ocasiones, las bases de aquello que damos por hecho para poder realizar nuestra vida como comúnmente lo hacemos; resultan ser las certezas de la vida cotidiana que permiten distinguirnos del otro.

El concepto de prejuicio se ha forjado, apenas el siglo pasado, desde dos tradiciones teóricas muy diferentes. Por un lado tenemos la tradición norteamericana que Gordon Allport, de la Universidad de Harvard, plasmó en 1954 cuando publicó su libro *The nature of prejudice* y que define al prejuicio como una actitud suspicaz u hostil hacia una persona que pertenece a un grupo, por el simple hecho de pertenecer a dicho grupo, y a la que, a partir de esta pertenencia, se le presumen las mismas cualidades negativas que se adscriben a todo el grupo⁸¹. Dentro de esta definición habría que considerar seriamente el atributo “negativo” que se le da al prejuicio además de integrar una dimensión psicológica con la palabra “actitud”, es

⁸⁰Bourdieu, Pierre. *Distinción. Op. Cit.*, p.556.

⁸¹Allport, Gordon. *La naturaleza del prejuicio*. Eudeba. Buenos Aires. 1962. p.7.

decir, algo que depende exclusivamente del sujeto. No obstante, aquí tampoco se explica quién, cómo ni para qué se crean estos prejuicios.

Desde la tradición del viejo continente, tenemos a Gadamer, que enmarca no sólo la línea hermenéutica del concepto, sino que deja entrever la influencia de Martin Heidegger en su pensamiento al idear el prejuicio como una “realidad histórica del ser” que no se quedan sólo en el sentido “negativo” que sí veía Allport, sino que ayuda a insertar al sujeto en cualquier institución social a través de una tradición expresada en prejuicios que le brindan un orden, un sentido y una seguridad ontológica. En palabras más certeras, Gadamer dice: “prejuicio quiere decir un juicio que se forma antes de la convalidación definitiva de todos los momentos que son objetivamente determinantes”.⁸²

De esta forma podemos entender al prejuicio como aquello que se presenta antes de corroborar lo que efectivamente es, sin atribuir una carga negativa o positiva. En este sentido, la lectura genera prejuicios en su entorno ya que, al no existir demasiados lectores en nuestro país, los momentos objetivamente determinantes llegan rara vez y éstos serían los encuentros entre los lectores y no lectores o bien, el encuentro de un sujeto con la lectura; esos pequeños momentos objetivamente determinantes brindan una seguridad ontológica al sujeto para diferenciarse a partir del *yo* y el *otro*.

Al usar los prejuicios para enunciar a los otros, nos estamos enunciando a nosotros mismos. Definir a los demás, es definirnos a nosotros como aquello que no somos. En un sentido ontológico, el prejuicio sirve para crear identidades: distinguimos a los que son auténticos de los que no, los que prefieren los establecimientos locales a los de las grandes cadenas de comercio; los que hacen ejercicio de los que no; los aventureros de los sedentarios; los tímidos de los extrovertidos.

Al identificar cuáles son las posibilidades de existencia, nosotros nos colocamos en una y nos delimitamos simbólicamente, nos insertamos a nosotros mismos, a otros e incluso a los objetos. En términos estructurales:

⁸²Gadamer, H.G. *Verdad y Método*. Ed. Sígueme. Salamanca. 1984. p.337.

Los sujetos enclasantes que se enclasan en las propiedades y las prácticas de los demás, o las suyas propias, son también objetos enclasables que se enclasan (a los ojos de los demás) al apropiarse unas prácticas y unas propiedades ya enclasadas [...] según la distribución probable entre unos grupos a su vez enclasados; las más enclasantes y las mejor enclasadas de esas propiedades son, evidentemente, las que están expresamente designadas para funcionar como *signos de distinción o marcas de infamia...*⁸³.

El objeto más enclasable entre los lectores es el libro que sirve también como un prejuicio para distinguirse de los no lectores.

Los prejuicios que tenemos no son un simple volado, están basados en la acumulación de bienes y capitales, es decir “Las diferencias primarias, aquellas que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia, encuentran su principio en el *volumen global del capital* como conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables, capital económico, capital cultural, y también capital social...”.⁸⁴ Dentro de una infinidad de posibilidades de *ser*, escogemos una combinación de recursos que al definirnos, también nos limitan y nos distinguen del otro. A continuación, sólo por mencionar algunos, se describen prejuicios que se tienen de los lectores y que son producidos y mantenidos a falta de momentos objetivamente determinantes.

a. Los que leen son más inteligentes

Entre el conglomerado de sujetos sociales y el campo de la lectura, se tiene la idea de que los lectores son personas con una mayor inteligencia, lo cierto es que el concepto de inteligencia ha sido estructurado desde varias perspectivas: filosófica, psicológica e incluso estadísticamente.

⁸³Bourdieu, Pierre. *Distinción. Op. Cit.*, p.566.

⁸⁴*Ibid.*, p.130.

Quizá la interpretación más comprensiva, profunda e influyente de la i. [inteligencia], en la psicología actual, sea la teoría genética de Piaget. La i. [inteligencia] es una estructura, no un agregado de conexiones adquiridas. Pero esa estructura no es automática, ni congénita, ni está preformada desde el nacimiento. Es la forma final de un proceso que se elabora por etapas. Cada etapa tiene una peculiar unidad estructural que, por interacción con el medio, se modifica hasta originar la emergencia de una nueva estructura. El proceso fundamental es la equilibración progresiva de dos funciones básicas, la asimilación (incorporación del medio al organismo) y la acomodación (modificación del organismo para ajustarse al medio).⁸⁵

Este tipo de procesos estructurados y estructurantes se ven reflejados gracias al capital cultural adquirido y a las facilidades que éstos proporcionan a partir de la práctica de la lectura: El lector se convierte en sujeto participante que entabla una interacción con el texto mediante sus conocimientos previos para que, con el esquema que maneja para abordar esa lectura, pueda construir el sentido que el escritor quiso darle en el momento de plasmarlo. Ese protagonismo del autor se traslada al lector como una forma de intercambio de ideas entre autor y lector. En esa comunión el lector puede reproducir de una manera creativa, con su escritura personal, la parte comprendida de la lectura. Se debe a un capital cultural adquirido y subjetivizado a partir del volumen de capital global.⁸⁶

b. La lectura humaniza

Como vimos en el primer capítulo, los primeros lectores eran de la corriente del humanismo, entre ellos, juristas por lo que la lectura se desarrolló primeramente en un ambiente intelectual que alimentaba el capital cultural adquirido de los sujetos y al mismo tiempo era una práctica abrazada por la noción de justicia, apreciación del arte y más actividades 'sensibilizadoras' que comenzaron a buscarse con el fin de consolidar una percepción de 'ciudadano civilizado' ante los cambios políticos que se generaron en el siglo XVIII, donde la individualidad, el ocio y lo

⁸⁵Definición psicológica de inteligencia. Gran Enciclopedia Rialp. 1991. Consultado en http://www.mercaba.org/Rialp/I/inteligencia_psicologia.htm el 12 de noviembre de 2016.

⁸⁶Robledo, B. H y A. O. Rodríguez. En Torres Perdomo, María Electa; "La Lectura. Factores y Actividades que Enriquecen el Proceso". *Educere* (2003): 389-396. p.390.

burgués buscan una dimensión de distinción en los consumos de la época. De acuerdo con la definición de *humanista* del diccionario filosófico de Ferrater Mora, podemos encontrar cómo es que se ha modificado el entendimiento del mismo concepto: El estudio de las «humanidades», en cambio, no era un estudio «profesional», sino «liberal»: el humanista era el que se consagraba a las artes liberales y, dentro de éstas, especialmente a las artes liberales que más en cuenta tienen lo «general humano»: historia, poesía, retórica, gramática (incluyendo literatura) y filosofía moral.⁸⁷ Así la lectura era una herramienta de pensamiento para los hombres de aquella época: muchos humanistas trataron de destacar lo que se llamó «la dignidad del hombre» (por lo menos del «hombre educado liberalmente») y con ello suscitaron ciertos cambios en la «antropología filosófica» de la época. Así, el humanismo renacentista no es ni una filosofía ni una «época filosófica», pero es en parte uno de los elementos de la «atmósfera filosófica» durante el final del siglo XIV y gran parte de los siglos XV y XVI.⁸⁸

La escenografía anterior hacía pensar que los lectores eran personas más humanas por el hecho de ser acompañados por cierto 'nivel' de conocimiento e incapaces de ser *malos*, por lo que la lectura se convirtió también en un distintivo moral. Cuando decimos que la lectura humaniza, entendemos *humanizar* como algo que se hace benigno⁸⁹, bueno y no como algo que simplemente es producto de lo humano. Si bien es cierto que la lectura es una puerta que nos muestra diferentes mundos, situaciones y percepciones del mismo, también es cierto que eso no es ninguna garantía para que los lectores se comprometan a cumplir con las normatividades morales de los diferentes campos sociales. La Historia nos ha enseñado que el ser un ávido *lector* no tiene nada que ver con ser una buena persona: el viejo continente, que tiene la más antigua tradición literaria en países como Alemania, Francia o Italia, ha sido también sede de las guerras más atroces que se han visto y que llevan en sus espaldas el luto de millones de personas.

87 Mora, Ferrater. *Diccionario de filosofía*. Consultado el 30 de mayo de 2017 en: <http://www.filosofia.org/enc/fer/510875.htm>.

88 *Ibid.*

89 Definición de la Real Academia Española. Consultada el 21 de enero de 2017 en: <http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=humanizar>.

Como los anteriores, hay un sinnúmero de prejuicios sobre los *lectores* y los *no-lectores* que además de limitarnos nos definen y nos enclasan dentro de una estructura, al mismo tiempo que nutren, actualizan y modifican el atlas simbólico de la lectura en tanto no hay momentos objetivamente determinante que derrumben o fortalezcan los paradigmas sociales e históricamente construidos en torno los libros.

c. La construcción social del gusto por la lectura

Dentro del atlas simbólico de la lectura y el campo de la literatura, existen aún más distinciones de las que creemos. Una vez que el sujeto se define como *lector* se ve en la necesidad de seguir distinguiéndose a través de las disposiciones estéticas del libro como un objeto que enclasa a los sujetos en el campo de la literatura. Es decir, dentro del ambiente de la lectura y la atmósfera que se crea entre los *lectores* no sólo basta con *leer*, entra una segunda preocupación: ¿qué nos gusta leer? Al intentar contestar esta pregunta van de lleno diferentes prejuicios que constituyen y reafirman la identidad de los *lectores* que entran en un juego cultural de legitimidades y distinciones a partir de un rendimiento simbólico, entendido como una forma particular de competencia cultura, aunque más específicamente en lo que se denominaría su poder de distinción o discriminación, esto prácticamente depende de “la frecuencia con la que se practiquen los intercambios entre miembros de las mismas clases o entre miembros de clases sociales diferentes, así se suma a su grado de legitimidad.”⁹⁰ Al legitimar la lectura a través del atlas simbólico le otorgamos al libro el poder de distinguirnos como sujetos, por eso lo que leemos se vuelve, de manera inconsciente, un prejuicio que nos distingue del *otro*.

Se trata de sustituir la relación abstracta entre consumidores con gustos intercambiables y productos con propiedades uniformemente percibidas y apreciadas (el libro) por una relación entre unos gustos que varían de manera

⁹⁰Bourdieu, Pierre. *El sentido social del gusto*. Siglo XXI. México. 2012. p.125

necesaria según las condiciones económicas y sociales de su producción y unos productos a los que confieren sus diferentes identidades sociales. El libro es, por un lado, un producto estético, y por otro, ese objeto universalizado y a la vez específico que atiende a todas las identidades sociales. Es así como tenemos el libro vaquero, los libros de autoestima, los libros para niños y jóvenes (muy recientes en mundo editorial)⁹¹ y más etcéteras. Lo cual genera también un debate que Gregorio Hernández Zamora⁹² ha decidido abordar⁹³: la práctica de la lectura como un elemento de distinción sólo sirve como tal en tanto se lee *cierta* literatura con *cierta* intención, dejando a criterio de grupos de decisión cómo funciona esta práctica.

Como bien apunta Juan Domingo Argüelles: “En este sentido, el ejercicio de ciertas prácticas de la lectura [...] no dependen de los actos puramente psicológicos e individuales, sino del acceso de las personas (los 'lectores') a los espacios sociales, institucionales y culturales”⁹⁴, es por ello que el gusto por la lectura se construye en tanto las posibilidades de existencia y accesibilidad del *lector* a ciertos libros legitimados por grupos artísticos y culturales dominantes que forman parte a su vez del campo de la literatura y el atlas social de la lectura. Las elecciones estéticas explícitas con frecuencia, se constituyen en efecto, por oposición a las elecciones de los grupos más próximos en el espacio social, con los que la competencia es más directa e inmediata, y sin duda, con mayor precisión....”⁹⁵ Así es como el gusto por la lectura se construye socialmente.

De esta forma, es en el campo social y cultural que entra en juego la importancia de leer, y no sólo leer cualquier escrito, sino leer cierta literatura. El ejercicio lector ha

⁹¹Lo que provoca que el libro y la lectura puedan entrar en el mercado de industrias culturales, tema que se tratará en el capítulo tres.

⁹² Doctor en Lengua y Cultura Escrita por la Universidad de California en Berkeley que se ha dedicado a estudiar el fenómeno de la lectura y el libro desde una perspectiva cultural.

⁹³ Léase el artículo completo *¿Quién define lo que es leer?*

En: <http://www.jornada.unam.mx/2002/09/01/mas-gregorio.html>

⁹⁴Argüelles, Juan Domingo. *Óp. Cit.*, Océano. México. 2014. p.178

⁹⁵Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p.68.

pasado a construir un juego cultural donde la lectura erudita reniega normalmente del libro vaquero.⁹⁶

Los prejuicios mencionados anteriormente hacen que, junto con las prácticas sociales, el atlas simbólico de la lectura involucre todos sus elementos significantes y que se anteponga la *forma* de la *función* de leer, ya no importa que tengamos los libros para leerlos o no, sino que la forma del libro, como una objetivación de la lectura, esté en los estantes para distinguirnos de los demás y hacernos *verdaderos* lectores. El atlas simbólico de la lectura, con los elementos que lo integran, mantiene su legitimidad en la dimensión social gracias a las propiedades estructurales del atlas y la performancia de las prácticas sociales y los prejuicios, dando como resultado un proceso que no es lineal, sino que sucede en múltiples dimensiones de forma sincrónica y diacrónica, lo que hace que sean procesos inconscientes más difíciles de reconocer y modificar creando un ambiente de la lectura.⁹⁷

En este análisis capitular nos percatamos, en primer lugar, de que la lectura como un atlas simbólico que se debate en el campo social y de la literatura, tiene propiedades estructurales que le permiten modificar(se) históricamente de forma dual: estructura tanto a los sujetos como al atlas simbólico de la lectura a través de las prácticas sociales y prejuicios de los sujetos *lectores* y *no-lectores* que se enclasan y anclan en ciertas estructuras y estilos de vida; en segundo lugar, el sentido de *distinción* que provoca la disposición estética del libro como objeto y la construcción social del gusto por la lectura hacen que se legitime a la lectura como una *habitus* generador de prácticas sociales y prejuicios en torno a ésta y a partir de sí misma. Lo mencionado con anterioridad son algunas de las implicaciones que el atlas simbólico de la lectura genera a partir de sus elementos y dinámicas sociales; de esto hablaremos en el siguiente capítulo.

⁹⁶De esto hablaremos más adelante.

⁹⁷Descrito y tratado en Chambers, Aidan. *El ambiente de la lectura*. Fondo de Cultura Económica. México. 2007. 132 p.

Capítulo tres: Las implicaciones del atlas simbólico de la lectura

Como se ha planteado a lo largo de esta investigación, la lectura, con sus diferentes capitales se ha configurado como un atlas simbólico que se mantiene y modifica en las dimensiones sociales gracias al (re)conocimiento de distintas prácticas sociales y prejuicios. Estos eventos de interacción y simbolización tienen implicaciones no necesariamente lineales y condicionadas, sino que ocurren en un proceso multidireccional, retroalimentario, que involucra a los sujetos, a los elementos estructurantes y estructurados, para derivar en bienes simbólicos que van más allá de la lectura misma. En este capítulo abordaremos algunas de las repercusiones que el atlas simbólico de la lectura tiene al configurarse como un factor legitimado en un proceso bidireccional de capital y campo que se performa en las prácticas sociales de los sujetos y se reafirma con los prejuicios y los pocos momentos objetivamente determinantes para abolirlos. Estas implicaciones escapan del alcance de la lectura como una mera acción de leer y logran repercutir en planos sociales, económicos, culturales, académicos, temporales, gracias a las propiedades estructurantes y estructuradas del atlas simbólico de la lectura.

3.1 La lectura como forma moderna de adquirir conocimiento

Uno de los mayores atributos del libro —y podría ser que ahí radicara su grandeza— es que, a diferencia de otras tecnologías que surgían gracias al conocimiento y se desarrollaban a través de éste, el libro no sólo cubría las expectativas anteriores, sino que contenía el conocimiento mismo. La rueda, el microscopio, la lámpara incandescente, el auto y demás inventos, revolucionaron nuestra sociedad, la forma de vivir y hasta los procesos de producción; empero, no eran formas de almacenar conocimiento, cosa que el libro sí hacía y que además, con el surgimiento de la

impresión, podía hacerlo de manera masiva, estructurando así un nuevo mercado, una nueva estructura de pensamiento y una nueva forma de adquirir conocimiento, lo que fue uno de los procesos de mayor trascendencia para la cultura occidental. El libro ha sido, desde su aparición, el contenedor por excelencia de las letras, pero aún más importante, del conocimiento y la única forma de adquirir ese contenido, es leyéndolo.

Lo que se intenta esbozar en este apartado es el funcionamiento de los centros intelectuales nacientes —en su mayoría universidades— que buscaban adquirir conocimientos en torno al libro y la lectura, y a partir de estos. Puesto que el libro fue uno de los objetos disputados en la Edad Media por su escasez y lo que estos centros buscaban era reproducirlo.

Antes de la aparición del libro, e incluso de los manuscritos o la escritura, todos los conocimientos de los antepasados eran transmitidos, en su mayoría, a través de la oralidad de los sabios. Con la llegada de los manuscritos, esto cambió. Sin embargo, el conocimiento seguía bajo el monopolio de la iglesia en la Edad Media. El rasgo dominante del nuevo periodo que se inicia a principios del siglo XIII es que los monasterios ya no son los únicos productores de libros; la aparición de una nueva clase burguesa, propicia la formación de universidades ajenas al clero que aún mantenían muchos de los modos de enseñanza de la iglesia, abrieron apenas una pequeña resaca para la libertad de cátedra, misma que termina con el monopolio de conocimiento que el clero gozaba.

Los centros de la vida intelectual se desplazan y serán las universidades donde los sabios, los profesores y los estudiantes organizan, junto con los artesanos especializados, un activo comercio de libros⁹⁸. La creación de estos nuevos centros universitarios permitieron desarrollar un nuevo público lector desde fines del siglo XII y sobre todo a principios del siglo XIII que, si bien estaba conformado en su mayoría por clérigos, lo único que los unía con la iglesia era el *alma máter*. A través de estos pequeños cambios se estableció entre el clero y las universidades un tipo de

⁹⁸Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *Óp. Cit.* p. XXV.

campo de lucha simbólica que, en palabra de Bourdieu, funcionaba “como un sistema de relaciones objetivas en las que las posiciones y las tomas de posición se definen relacionamente y que domina además a las luchas que intentan transformarlo: sólo por referencia al espacio de juego que las define y que ellas tratan de mantener y de redefinir más o menos por completo en tanto que tal espacio de juego, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que tienen como punto de mira el conservar, el transformar o el transformar para conservar”.⁹⁹

El manuscrito se convirtió para los profesores y alumnos en un instrumento indispensable de conocimiento que ayudaba, por un lado a los profesores a preparar sus clases, y por otro, a los estudiantes a leer, comentar y debatir la obra. Para aquel entonces, adquirir un texto copiado, no sólo era bastante caro, el trabajo del copista requería su tiempo y el manuscrito tardaba mucho en estar listo, por lo que de manera muy silenciosa y clandestina, comenzó a crearse un comercio —informal— del libro en las universidades.

Poco a poco se forma así, en cada centro universitario, una verdadera corporación de profesionales del libro, clérigos o en ocasiones laicos —los libreros eran los laicos; los copistas o “escribas” frecuentemente eran clérigos— que pronto fueron vistos como parte de la universidad a la que servían.¹⁰⁰ Con el paso del tiempo y con la llegada de la imprenta, las universidades también decidieron apoyar esta nueva tecnología y crearon sus propias casas de publicación. Es el caso de la Oxford University Press (OUP), fundada en 1586 pero con antecedentes editoriales desde 1476.

En su caso, la Universidad de Bolonia desarrolló su propio sistema de reproducción de manuscritos llamado *pecia* que buscaba no monopolizar el manuscrito. Este sistema consistía en dividir un manuscrito por partes y prestarlas por separado a diferentes copistas y libreros con el fin de hacer más copias de un mismo libro al mismo tiempo. La técnica se volvió tan famosa que fue utilizado por todas las universidades durante la Edad Media hasta la aparición de la imprenta.

⁹⁹ Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.*, p.184.

¹⁰⁰ Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *Óp. Cit.* p.XXVI.

Fue así como los sistemas antiguos de reproducción se volvieron un capital cultural incorporado de la lectura, en tanto que el capital cultural incorporado [...] es la condición de apropiación adecuada (según la definición legítima) del capital cultural objetivado en los objetos técnicos, los trabajadores ordinarios están dominados por las máquinas y por los instrumentos, a los que sirven más de lo que se sirven, y por los que poseen medios legítimos, es decir, *teóricos*, para dominarlos.¹⁰¹

Incluso la imprenta como una técnica de reproducción suponía una carga cultural que distinguía a los copistas y los libreros de cualquier otra mano de obra.

Con estos elementos, pareciera ser que las universidades, sinónimo de conocimiento y progreso durante el Oscurantismo se asocian con el libro y la lectura de una forma deliberada: fueron el primer público lector naciente después del clero. En este sentido, los universitarios y profesores son los lectores más antiguos después de los lectores eclesiásticos y nobles, permitiendo la creación y ampliación de un capital cultural objetivado de la lectura que edificaba a la clase burguesa como una clase emergente e instruida. Es preciso recordar que para Bourdieu, “el capital cultural objetivado no existe y no subsiste como capital cultural material y simbólicamente más que en y por las luchas que se desarrollan en el terreno de los campos de producción cultural [...] y, más allá, en el campo de las clases sociales”.¹⁰² Todo esto, se vio reflejado a través de la ampliación de oferta libresco en las diferentes instituciones que ofrecían el servicio de consulta, reproducción y difusión de ciertas obras.

Es durante el siglo XV y XVI que el mismo libro se convierte en un avance que da distinción a los lectores como progresistas en un siglo en que el progreso es una meta social ampliamente deseada y a la que pueden acceder por igual nobles y plebeyos, creando una meritocracia de nuevo cuño.¹⁰³ De esta forma, las obras culturales constituyen el objeto de una apropiación exclusiva, material o simbólica, lo que refiere a un funcionamiento de un capital cultural que de manera certera,

¹⁰¹ *Ibíd.* p.457.

¹⁰² *Ibíd.* p. 268.

¹⁰³ *El libro*. Consultado el 16 de mayo de 2015 en <https://es.wikipedia.org/wiki/Libro>.

garantizan dos tipos de beneficio: “*beneficio de distinción*, [...], y un *beneficio de legitimidad*, [...] que consiste en el hecho de sentirse *justificado de existir*, de *ser como es necesario* (ser)”.¹⁰⁴ Así fue como se labró el camino para que la existencia de la universidad, como casa de conocimiento y de lectura, jamás se cuestionara.

A pesar de lo anterior, la minoría que cultivaba el gusto por el libro se encontraba entre los nobles y las clases altas y cultivadas de los plebeyos, pues sólo estos grupos sociales sabían leer y escribir, lo que representaba el factor cultural adicional para el inevitable auge del libro. Amén de estas tendencias, la lectura y el libro comenzaron a colocarse entre los más altos círculos intelectuales, forjando una visión del libro no sólo como un elemento de conocimiento, sino también como un elemento sagrado debido a la carga eclesiástica que tuvo durante casi cuatro siglos.

La vida intelectual y espiritual, lejos de permanecer inalterada, resultó profundamente transformada por la multiplicación de nuevas herramientas para reproducir libros en Europa del siglo XV. El cambio comunicativo modificó la manera en que los cristianos occidentales veían su libro sagrado y el mundo natural. Hizo que las palabras de Dios fueran más multiformes, pero su caligrafía más uniforme. La imprenta estableció las bases tanto para el fundamento literal como para la ciencia moderna. Sigue siendo indispensable para la erudición humanista, sigue siendo responsable de nuestro museo sin muros.¹⁰⁵

Al dejar atrás el periodo monástico del libro, se generó también cierta tensión entre el libro y el poder, sobre todo para la Iglesia quien comenzó con una larga lista de libros prohibidos. A medida que de esta manera, se conforma una pieza del capital simbólico de la lectura en el campo de las clases sociales y de la literatura.

¹⁰⁴Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p. 268.

¹⁰⁵Eisenstein, Elizabeth L., *La imprenta como agente de cambio*. Fondo de Cultura Económica. México. 2010. p. 669.

3.2 La lectura como prelude del ¿cambio social?

En este apartado, lo que se busca es pincelar sutilmente cómo la lectura ha influido en los diferentes procesos sociales que han consolidado una nueva etapa de la humanidad y cómo alrededor de ésta y el libro, la gente se organizó para crear sus propios procesos y poder difundir, adquirir, producir y leer libros durante aquellos siglos. La figura de la lectura como prelude es acertada porque permite imaginar que, si bien no es el clímax que echa a andar muchos de los cambios sociales, sirve como una antesala de ideas que luego se tornan en acciones. Un prelude por sí solo es, no únicamente una narrativa trunca, también se convierte en un sinsentido de lo jamás contado. Por lo tanto, articular el prelude con las demás partes de una historia hace tener cohesión, no es lo único que hace que la narrativa se cuente en su totalidad, pero sí es una parte importante para entender lo venidero.

Cuestionarnos si la lectura lleva a la acción inmediata es una pregunta que muchos se han hecho desde la existencia de los papiros y el pergamino. Lo cierto es que la lectura se contextualiza en un campo de prácticas sociales, es decir en un campo de acciones. Para sustentar esta idea, es pertinente retomar la verbalización que hace Fernando Escalante Gonzalbo, reconocido investigador mexicano en el ámbito de las Ciencias Sociales, en entrevista con Argüelles: "La lectura puede modificar la manera en que alguien actúa, en que alguien hace las cosas [...] y esa nueva comprensión hace que uno actúe de manera distinta, pero no es que el libro conduzca a la acción, sino que, inmerso en el conjunto de prácticas de la vida, la lectura al modificar nuestra manera de entender —de entendernos a nosotros, de entender a los demás, de entender al mundo— también modifica, sin duda, la manera en que actuamos.¹⁰⁶

Es el saber desinteresado —que nace a partir de la misma filosofía de emancipación y liberación del ciudadano— y, en primer lugar el saber histórico, el que es proscrito, porque este último también es políticamente peligroso, una prueba más de la avidez general del famoso aforismo de Lotman según el cual «la historia

¹⁰⁶ Fernando Escalante Gonzalbo en Argüelles, Juan Domingo. *Historias de lecturas y lectores. Los caminos de los que sí leen*. Editorial Océano. México. 2014. p.100.

intelectual de la humanidad puede considerarse una lucha por la memoria», el libro es la principal víctima de esa lucha.¹⁰⁷ y al ser el libro el nuevo contenedor moderno de conocimiento, fue perseguido, censurado, quemado y desaparecido sobretodo por la Santa Inquisición para contrariar ideas políticas y sociales que poco le convenían al clero. La reproducción de ciertas obras y las lecturas de la misma eran más fuertes que una epidemia porque no había forma de abatirlas. La idea de que los libros son depositarios de un poder o que transmiten cierto poder a quienes los poseen, es típica de las sociedades arcaicas, pero se prolonga a veces hasta tiempos muy recientes.¹⁰⁸

En la época monástica del libro, la Iglesia era la que tenía el monopolio del poder y la única que tenía acceso a las publicaciones que además estaban en latín; con la llegada de las universidades laicas, esta accesibilidad del libro empieza a propagarse y descentralizarse, popularizándose entre la clase burguesa naciente, lo que provoca una tensión inminente y muy lenta entre el libro y el poder al ver que la lectura comenzó a permear en las ideas de aquellos tiempos.

Contrario a lo que muchos creen, la lectura no produjo un cambio inmediato en los estratos literarios, sociales o científicos. Fue hasta el siglo XVI que el libro y la lectura comenzaron a surtir mayores efectos, no por sí solos, pero sí fueron un buen comienzo. La producción de libros del siglo XVI era ya tal que el libro impreso no solamente se hizo accesible a quienes sabían leer, sino que desempeñó un papel esencial en la difusión de las letras antiguas a comienzos de ese siglo y más tarde en la propagación de las ideas reformadoras, contribuyendo al mismo tiempo a fijar las lenguas y a fomentar el desarrollo de las literaturas nacionales¹⁰⁹.

Mucho antes de la Revolución Francesa, que para algunos investigadores del libro como Rober Darnton, Lucien Febvre o Henri-Jean Martin es el ejemplo cumbre de la influencia del libro en el cambio social —y que muy probablemente sí lo sea—, existen cambios históricos previos que también se deben a la lectura. Un ejemplo

¹⁰⁷Canfora, Luciano. *Libro y libertad*. Editorial Siruela. España. 2017. p.96.

¹⁰⁸Canfora, Luciano. *Óp. Cit.*, p.76.

¹⁰⁹Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *Óp. Cit.* p. 304.

de ello es el protestantismo que es mucho más pronto y cercano a la difusión de la imprenta. Tal vez un libro por sí solo nunca ha logrado convencer a nadie, pero aunque no persuada, el libro es en todo caso el testigo tangible de la convicción que se materializa en su posición. Suministra argumentos a los ya persuadidos, les permite profundizar y profesar su fe y les proporciona los elementos capaces de ayudarlos a triunfar en las discusiones y a atraer a los indecisos. Por todas estas razones es incuestionable que el libro a través de la lectura desempeñó un papel esencial en el desarrollo del protestantismo del siglo XVI. A propósito de este proceso, Henri-Jean Martin escribe:

Cuando las ideas reformadoras comenzaron a extenderse, los buhoneros — vendedores ambulantes de libros sencillos y almanaques que se dirigían a una clientela poco instruida— se multiplicaron, y sustrayéndose con más facilidad que los libreros fijos vigilados por la policía, figuraron entre los más activos agentes de nuevas ideas. El papel que desempeñaron, sobre todo en comienzos de la reforma alemana, fue en extremo importante, ya que a cargo de ellos corrió por doquier la propaganda de libelos católicos, y sobre todo protestantes, y en particular la de los ataques contra Roma y el papado, destinados a minar el prestigio y la autoridad del clero. Ellos fueron quienes a partir de la década de 1540-1550, se encargaron de distribuir en Francia los escritos impresos en Ginebra, y contribuyeron a tender, primero por Alemania y más tarde por Francia y el resto de Europa en el transcurso del siglo XVI, verdaderas redes comerciales, más o menos clandestinas encargadas de difundir en primer término los libelos¹¹⁰ y las obras de propaganda prohibidas.¹¹¹

El impulso que los protestantes dieron a la lectura de los seglares y la autoayuda fue particularmente favorable para los intercambios entre lectores y editores, lo que condujo al desplazamiento silencioso de autoridades antiguas, como Plinio, y a un

¹¹⁰Llámanse *libelos* los folletos que se publican con la intención de injuriar; como los autores no tienen razones que aducir y no escriben con el objeto de instruir al público, para ser leídos procuran ser breves. Los folletos rara vez están firmados, porque los asesinos temen ser presos y que les encuentren armas prohibidas. Definición de *libelo* en Voltaire. *Diccionario Filosófico*. Consultado en línea el 02 de mayo de 2015 en: <http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Voltaire/libelo-Diccionario-Filosofico.htm> .

¹¹¹Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *Óp. Cit.* p. 278.

creciente acopio de datos de un nuevo tipo. Finalmente, las mismas políticas de censura y las tendencias elitistas que desalentaron a los impresores de biblias católicas terminaron por cerrar los centros de publicación en tierras católicas.¹¹²

Sólo por hacer una observación pertinente, me permito hacer este análisis: con el surgimiento de las universidades como centros intelectuales en la Edad Media, comenzó a existir una porosidad que con el tiempo fue aumentando hasta ser insostenible: la llegada de personas laicas en el terreno de la instrucción introdujo a la educación en un proceso de secularización que en principio también arrastró a la lectura y al libro —ya mencionamos que existen dos momentos alusivos a este proceso— hasta llegar a secularizar la estructura política del Estado. Lo que quiero decir es que 1) los procesos de secularización comenzaron en el terreno educativo muy probablemente sin una intención política y 2) estos procesos se vieron potencializados cuando los libros —también secularizados— comenzaron a difundirse entre juriconsultos, artesanos y demás personas relacionadas con el humanismo. Estos cambios, entre muchos otros, fueron los que permitieron entrar a una etapa mejor conocida como Modernidad.

Los procesos de secularización y algunos hechos históricos como el protestantismo, la Reforma y la Contrareforma, la Revolución Francesa, el avance científico, las nuevas publicaciones literarias y más etcéteras, conforman un mosaico que integran un segundo componente del capital simbólico de la lectura que permea directamente en un terreno social y que trasciende a las prácticas sociales y prejuicios generados a partir de un reconocimiento del *otro* basado en la *diferencia* que supone, de entrada, un juego y conocimiento de las reglas del mismo. Los juegos culturales están protegidos contra la objetivación por todas las objetivaciones parciales a las que mutuamente se someten todos los agentes comprometidos en el juego: los doctos no pueden aceptar la verdad de los mundanos si no renuncian a llegar a comprender su propia verdad; y lo mismo ocurre con sus adversarios.¹¹³ Entre esa discordia por la verdad, se genera una

¹¹²Eisenstein, Elizabeth L. *Óp. Cit.* p. 660.

¹¹³Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p. 14.

dinámica simbólica de lucha que es defendida con comportamientos y pensamientos expresados a través de prácticas sociales y prejuicios que legitiman a la lectura como una práctica cultural, intelectual y de carácter crítico en una época donde la estructuración del conocimiento y el cambio social sufrieron fuertes cambios que comenzaron a involucrar nuevas esferas como, por ejemplo, la económica.

Es pertinente mencionar que como bien apunta Larry Shiner¹¹⁴, quien es un profesor emérito de la Universidad de Illinois especialista en filosofía e historia del arte, este tipo de cambio se logró gracias a la construcción de Modernidad desde una perspectiva política, donde el Estado-Nación pone en primer lugar al sujeto y crea la figura del ‘ciudadano’ a partir de un nuevo concepto ‘civilizatorio’ donde los consumos distinguidos comienzan a regirse a partir del tiempo libre (ocio) porque la libertad —‘Dejad hacer, dejad pasar’— trastoca los ámbitos del arte y se puede pensar entonces en ‘el arte por el arte mismo’, es así como surge la literatura como una carrera universitaria que aportaba sensibilidades que repercutían en el concepto de ser un ‘mejor sujeto’ traducido al concepto de ‘ser un mejor ciudadano’.

3.3 La lectura como objeto de valor mercantil

Para muchos románticos, el hecho de pensar al libro como un objeto de valor monetario rompe con la armonía del panorama; la acción de leer y el asumirse como *lectores* conllevan un acto privilegiado que comienza su discriminación a partir de la *accesibilidad* y *adquisición* del libro.

Mientras que algunos¹¹⁵ consideran el libro como un objeto de doble faz, económica y simbólica que es a la vez mercancía y significación, en esta investigación

¹¹⁴ Véase Shiner, Larry. *La invención del arte*. Paidós. España. 2014. 479pp.

¹¹⁵ Véase López Winne, Hernán y Víctor Malumián. *Independientes, ¿de qué? Hablan los editores de América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México. 2016. p. 3.

consideramos que el aspecto económico del libro contribuye a la construcción simbólica del atlas de la lectura no en fases separadas, sino en un todo que incluye ambas partes sin saber bien a bien hasta dónde una aporta a la otra y viceversa.

Pensar el libro como un objeto inserto en el *mercado* distingue por un lado a los *consumidores* y por otro lado a los *productores* que interactúan bajo dinámicas que van más allá de juegos sociales. El campo de producción y de circulación de los bienes simbólicos se define como el sistema de las relaciones objetivas entre diferentes instancias caracterizadas por la función que cumplen en la división del trabajo de producción, de reproducción y de difusión de los bienes simbólicos.¹¹⁶ Así nos encontramos ante un mundo de casas editoriales, instancias gubernamentales, librerías, ONG's preocupadas por hacer llegar el libro a cada rincón del mundo y facilitando no sólo su adquisición, sino también su accesibilidad. Por otro lado, esos mismos productores se preocupan por la formación y reafirmación de públicos, los *lectores*.

De manera inadvertida, y con los convenios implícitos y silenciosos del comercio del libro, comenzó a establecerse una industria cultural que poco a poco se sistematizó hasta evolucionar a la industria editorial consolidada de hoy, una industria que fomenta la competencia y el consumo a través de un objeto con una gran disposición estética que da a los consumidores una distinción a través del sentido del gusto social e históricamente construido —como vimos en el capítulo anterior. El libro, como objetivación de la lectura, gana terreno en tanto oferta-demanda de los *lectores*. A propósito de esto, se puede retomar el tema de bienes culturales que aportan a la distinción simbólica: “El ajuste entre la oferta y la demanda no es [...] sino el resultado del concierto objetivo de dos lógicas relativamente independientes, la lógica de los campos de producción y la del campo de consumo [...] Este concierto objetivo de la oferta y la demanda es lo que hace que los gustos más diferentes encuentren las condiciones para su realización en el *universo de los posibles*”.¹¹⁷ Es así como la lectura encuentra sus nichos de

¹¹⁶Bourdieu, Pierre. *Sentido social*. *Óp. Cit.* p.89-90.

¹¹⁷Bourdieu, Pierre. *Distinción*. *Óp. Cit.* p.270.

consumo a través del libro y de los *tipos* de libros, que más allá de clasificar al producto, es un intento por clasificar a los consumidores desde los albores de la tradición escrita que encerraron sus propias prácticas sociales que más bien eran de carácter económico.

La propagación de la lectura fue la gran novedad del siglo XVII, y de ella se generó una “nueva industria que aspiró a sustentarse y enriquecerse con la entrega de la mercancía: el negocio del libro”.¹¹⁸ El precio del libro era regulado tanto por los productores como los consumidores: entre más deseaban los compradores adquirir un libro, más subía el precio de éste; al mismo tiempo, los libreros ya tenían un precio fijo para cierta obra desde antes de su aparición en el mercado. Ejemplo de esto son las primeras Biblias de Gutenberg, que se vendieron a un muy buen precio y aumentaron todavía más su precio para lo que hoy sería una segunda edición.

Antes de estas prácticas económicas, en la antigüedad existían troveros o trovadores, creadores literarios que se dedicaban a difundir sus obras a través de la oralidad, que se tenían que preocupar por cómo hacer llegar al pueblo sus creaciones, pero también por cómo mantenerlas como suyas, pues en ese tiempo no existían los derechos de autor y bastaba con memorizar la letra —que comúnmente era en verso para su fácil retención— para que otro la difundiera. Al llegar la imprenta, este tipo de personas dejó de preocuparse por cómo hacer llegar su mensaje y por el problema de autoría, por lo que los libros también aumentaron su precio con el fin de distinguirse de las falsificaciones y también de retribuir económicamente tanto al impresor como al autor.

Consideremos un hecho que nunca debe perderse de vista: desde el principio los impresores y los libreros trabajaron con fines lucrativos. Los libreros del siglo XV, a manera de los editores actuales, no se comprometían a financiar la impresión de sus libros si no estaban seguros de poder vender un número suficiente de ejemplares dentro de un plazo razonable.¹¹⁹ Fue así como los editores comenzaron

¹¹⁸Darnton, Robert. *Óp. Cit.* p. 43.

¹¹⁹Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *Óp. Cit.* p. 290.

a establecer un posible universo literario estructurado a partir de decisiones propias.

En el caso de la producción de bienes culturales, la relación entre la oferta y la demanda reviste una forma particular, ejerciendo siempre la oferta un efecto de imposición simbólica: un producto cultural determinado;¹²⁰ en pocas palabras, leemos lo que nos ponen a leer. En este sentido, se habla de una industria cultural preocupada por la formación de públicos para insertarlos en un sistema capitalista que, de manera contradictoria, intenta masificar los contenidos y los gustos individualizados de los lectores, esa industria cultural tan criticada por Horkheimer y Adorno que desarrolla sus propias dinámicas en marcos precapitalistas y que conforma algunos de los intereses de las editoriales más grandes a nivel mundial.

Entre los siglos XV y XVIII el precio de venta del papel de buena calidad era superior al de la impresión propiamente dicha; no debe sorprendernos que durante las épocas de deflación, e incluso de estabilidad, se haya recurrido por lo común a papeles de mala calidad que permitían reducir el costo del libro.¹²¹ De esta forma, los procesos del comercio y venta del libro, también se veían modificados conforme el paso del tiempo. A pesar de las variaciones del precio, el significado del libro no cambió ya que las diferencias del valor preestablecidas por la industria cultural, no tienen nada que ver con diferencias objetivas, con el significado de los productos.¹²²

El atlas simbólico de la lectura, por muy pocos procesos de significación y simbolización que haya tenido en aquel entonces, fue lo necesariamente fuerte para consolidarse de manera rápida e inadvertida entre las nuevas comunidades burguesas intelectuales, lo que permitió que el mercado del libro comenzara a crecer.

Incluso, en las épocas en las que el libro aún era difícil de conseguir, los libreros hacían un negocio redituable al adquirir las bibliotecas completas de los sabios o intelectuales que fallecían. Era así como este nuevo objeto se reutilizaba varias

¹²⁰Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p.271.

¹²¹*Ibid.* p. 126.

¹²²Horkheimer, Max y Adorno, Theodor. *Dialéctica del iluminismo.* Sudamericana. Buenos Aires, 1988. p.3.

veces al tiempo que creaba su propia historia formando su propio valor simbólico y de distinción respecto de otras ediciones. Ahí la lectura, de manera objetivada, comienza a escribir su propia historia y a segregar a *unos* de *otros*. Como bien apunta Bourdieu: “No existe, pues, nada que distinga de forma tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas, la aptitud para adoptar un punto de vista propiamente estético sobre unos objetos ya constituidos estéticamente”.¹²³ Es por ello que el consumo del libro es la forma culminante y de máxima distinción para los lectores, así las copias o los engargolados por más obra literaria que contenga, pierde su disposición estética y su legitimidad. Para aquel entonces la gente comenzaba a ver en la materialización de la lectura un capital simbólico que pocos bienes culturales podían darles y la presunción de almacenamiento libresco comenzó a ser popular entre los intelectuales de la época.

Todavía en el siglo XVII el libro, sobre todo el de estudio, era un objeto de valor que se conservaba cuidadosamente, que con frecuencia se revendía y que por lo común efectuaba una larga carrera.¹²⁴ En este sentido el mercado del libro en la actualidad también se ha transformado y nosotros, como consumidores del mismo, lo apoyamos: es común observar que por un lado hoy existe una mayor promoción del libro como objeto de deseo, pero por otro, se ha desacralizado esta “larga carrera” de uso y sólo se reconoce a un libro mientras más nuevo y menos maltratado esté. Se presumiría más el ir a distribuidoras de nuevos libros cada semana que de ir a la calle Donceles en el Centro Histórico, porque se sabe que los libros usados, en el mayor de los casos, son más baratos y para algunos este hecho hace que se pierda la disposición estética y la distinción de su consumo.

De cierto modo, la distinción se encuentra en las elecciones semánticas de universos socialmente construidos. El verdadero principio de las diferencias que se observan en el terreno del consumo, y bastante más allá, es la oposición entre los *gustos de lujo (o de libertad)* y los *gustos de necesidad*.¹²⁵ De cierta forma, el que

¹²³Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p.45

¹²⁴*Íbid.* p. 276.

¹²⁵ *Íbid.* p.208.

consume más libros, sugiere tener una economía más holgada, lo que también da una apariencia de estatus económico.

Gracias a este carácter comercial, la industria del libro nació con el libro pero tardó en sistematizarse y todavía más en reconocerse como una industria cultural; sin embargo, su práctica se impuso en la sociedad burguesa naciente. Los cambios de las prácticas individuales, sociales y económicas en torno al comercio del libro han ido evolucionando, estructurando reglas de compra y venta que crean *habitus* de los lectores con lógicas del mercado. Así el atlas simbólico de la lectura, a través del libro, se vuelve también una objetivación *consumible* que distingue a los *lectores* no sólo de los *no lectores*, también los distingue entre ellos mismos dependiendo del *tipo* de libros que consuman.

Los procesos de producción, comercialización y distribución alimentan el atlas simbólico de la lectura no sólo por participar en campos sociales, sino que permiten a la lectura misma insertarse en un sistema de consumo que objetiva a los sujetos a través de los diferentes contenidos creados, no sólo impuestos sino también sugeridos. Estas dinámicas capitalistas permiten a su vez que el *lector* se construya a través de sus consumos estructurantes y estructurados, dándole al atlas simbólico de la lectura una pertinencia más amplia en términos económicos.

De esta manera, se reafirma la idea de que el libro es parte de la vida de un sujeto *distinguido*, de manera que entra en una dinámica de entradas y salidas de objetos: “Esa temeraria reintegración de los consumos estéticos en el universo de los consumos ordinarios [...] tiene, entre otras virtudes, la de recordar que el consumo de bienes sin duda supone siempre, en grados distintos según los bienes y según los consumidores, *un trabajo de apropiación*”¹²⁶. Es pertinente apuntar que la literatura figura aquí como un consumo estético entre el universo de los consumos ordinarios, por ello el libro se vuelve un objeto legitimador de gusto y clase, además de que nos brinda una sensación de *propiedad* en tanto adquirimos el libro

¹²⁶*Ibíd.* p.114.

impreso que tiene un carácter acumulativo y distinguido, lo que hace que las bibliotecas personales sean únicas.

La adquisición de bienes estéticos, en este caso, de producciones editoriales, brinda un sentido de distinción tanto para el consumidor como para el productor. Genera prácticas económicas de ambos lados que obedecen las reglas de cualquier mercado que convive en la vida diaria, con prácticas sociales y prejuicios, donde se fusionan los sujetos y la lectura, también como una dinámica de este atlas simbólico.

3.4 La lectura como reconocimiento de partes

Se ha planteado, a lo largo del capítulo, que la lectura como un bien cultural legitimado se ha cultivado de formas multidireccionales que le permiten tener una amplificación simbólica a través de tres componentes fundamentales que crean un capital simbólico legitimado y legitimante: la lectura como forma moderna de adquirir conocimiento, como un motor de cambio social y como una industria cultural.

Ahora, para que el atlas simbólico de la lectura ocurra, se necesita no sólo de la performance de los sujetos en tanto *prácticas sociales* y *prejuicios* sino también se necesita de la existencia de la lectura misma como un proceso simbólico con sus múltiples capitales y significaciones atemporales.

Por un lado, los sujetos son los protagonistas de los campos sociales que permiten los juegos de interacción del atlas simbólico de la lectura y crean un rasgo de distinción ontológica a partir de la diferencia del *otro*. Aunado a esto, la lectura como un proceso dual-estructuralista permite estructurar a los sujetos y estructurarse a sí misma a través de su propia trascendentalidad porque es a lo largo del tiempo y las cotidianidades donde refuerza su peso simbólico, donde se performa y donde se desprende de los tiempos del ser humano para cobrar vida propia.

El proceso simbólico de la lectura y su reconocimiento de partes, así como la disposición estética del libro, dan un carácter de arte a la objetivación de la lectura —en ello radica parte de su legitimidad—, en este entendido, podríamos plantear, retomando la idea de Schelling que el libro tiene una ciencia activa, un vínculo entre el concepto y la forma, donde a cada cosa corresponde un concepto eterno que está bosquejado en el entendimiento ilimitado¹²⁷, que trasciende y se perpetúa, pero que sólo brinda instantes de plena existencia en el acto mismo de leer.

El libro, como un bien materializado, compuesto por concepto y forma, busca invariablemente perdurar a través de los tiempos y construirse a sí mismo. Si la lectura, a través de la objetivación del libro, se hubiese construido como mero objeto de papel, si se hubiese superpuesto la forma sobre el concepto, no sería lo que hoy es; la forma limitará a la esencia si se le trata independientemente de ésta.¹²⁸ Esta esencia de la lectura tiende a realizarse y a exponerse a través de los sujetos, tanto *lectores* como *no-lectores*, a través de sus *habitus* soterrados y a través de las referencias subjetivas de percepción de la lectura como experiencia y como símbolo, como atlas simbólico.

Ya que los libros cuentan con una disposición estética y son una *cosa* estética —en tanto que es un ente— que no pertenece a los consumos de la necesidad y brinda experiencias a quienes realizan el acto de leer, se podrían comparar con la obra de arte. Martin Heidegger en su único afán por reflexionar sobre la estética y el arte en una periodo de posguerra, dice que se debe tomar a la obra de arte como aquellos que la experimentan y la gozan, pero tampoco la muy invocada vivencia estética pasa por alto lo cósmico¹²⁹, en ese sentido es donde el atlas simbólico de la lectura ocurre y es dual, donde ocurre un reconocimiento de partes: por un lado se encuentran los sujetos con sus prácticas sociales y prejuicios y por el otro se encuentra la lectura y su trascendentalidad, carácter que le permite indefinirse en las líneas del tiempo y del símbolo. Lo cósmico que podría pertenecer al libro, no reside en el libro, sino en el atlas simbólico de la lectura, podríamos decir que el

¹²⁷Schelling, Friedrich. *La relación del arte con la naturaleza*. Editorial Sarpe. España. 1985. 115pp. p.67.

¹²⁸Schelling, Friedrich. *Óp. Cit.* p.72.

¹²⁹Heidegger, Martin. *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica. México. 2006. p.33.

atlas simbólico es la combinación de alegoría y símbolo junto con la *cosa* confeccionada (libro) y las experiencias; prácticas sociales y prejuicios de los sujetos. Así ocurre el atlas simbólico y así trae implicaciones para cada una de las partes que hacen que hacen posible esta dualidad estructural y trascendente.

a. El sujeto lector y el no lector

Lo único que nos puede distinguir de nosotros mismos es la existencia del *otro*. Los sujetos como participantes de la dualidad estructural del atlas simbólico de la lectura, estructuran y se estructuran a sí mismos a partir de la oposición. Las oposiciones fundamentales de la estructura de las condiciones (alto/bajo, rico/pobre, etcétera) tienden a imponerse como los principios fundamentales de estructuración de las prácticas y de la percepción de las prácticas,¹³⁰ pero más allá de eso, entender el mundo a través de dicotomías nos brinda un sentido social que tranquiliza y sacia nuestra individualidad.

El sentido social encuentra sus puntos de referencia en el sistema de signos indefinidamente redundantes unos con respecto a otros que cada cuerpo lleva consigo —vestido, pronunciación, porte, forma de andar, maneras— y que, registrados de forma inconsciente, constituyen el fundamento de las «antipatías» o de las «simpatías,¹³¹ construyen estilos de vida que nos apartan del *otro* y nos hacen ser únicos.

El sujeto lector y el no lector se distinguen básicamente por oposición y luego entre lectores la distinción viene a partir de la temática y la disposición estética de cada libro, que es entendido ya como una obra de arte, esta oposición se disputa en el campo social. Las luchas por la apropiación de los bienes económicos o culturales son “inseparablemente luchas simbólicas por la apropiación de esos *signos distintivos* que son los bienes o las prácticas enclasadadas o enclasantes”¹³², y que

¹³⁰Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.* p.202.

¹³¹ *Ibid.* p.282.

¹³² *Ibid.* p.292.

muy en el fondo, también representa la lucha de las identidades sociales no sólo entre los sujetos, sino dentro de un sujeto mismo al momento de definir su identidad, ya sea como *lector* o *no lector*.

Lo primero que hay que tomar en cuenta es que de ambos sujetos, *el lector* y *el no lector*, el único que intenta hacer visible esa distinción, es el primero. Al *no lector* no le importa demostrar que no lee, pero al que lo hace sí, porque busca en aquella actividad una legitimación social que le insertan en una estructura que supone un mayor estatus.

Pero, ¿quién (nos) determina como lector(es)? El artista es aquel de quien los demás dicen que es artista. O bien: el artista es aquel cuya existencia en cuanto artista está en juego en ese juego que llamo campo artístico.¹³³ De la misma forma, podemos hablar de *lectores* y *no lectores* en el campo de la literatura, un lector es aquel del que los demás dicen que lee, los lectores más consumados y legitimados, los devoradores de libros.

¿Cómo comienza esta distinción ontológica? En la mayoría de los casos, gracias al capital cultural adquirido de los sujetos que en un futuro serán *lectores*. La familia y la escuela funcionan de modo inseparable: “la adquisición de una competencia cultural es inseparable de la adquisición insensible de un *sentido de la aplicación productiva* de las inversiones culturales que, al ser producto de acoplamiento a las posibilidades objetivas de hacer valer la competencia, favorece la adaptación anticipada a esas posibilidades”.¹³⁴ Son en estos primeros y pequeños espacios de interacción social donde se genera un capital cultural aceptado y legitimado.

La apropiación de los objetos simbólicos con soporte material, como la pintura, eleva a la segunda potencia su eficacia distintiva de la propiedad, reduciendo el estatus inferior de *sustitutivo simbólico*, el modo de apropiación puramente simbólico: “apropiarse de una obra de arte es afirmarse como el poseedor exclusivo del objeto y del gusto verdadero por ese objeto, convertido así en negación reificada

¹³³Bourdieu, Pierre. *Sentido social. Óp. Cit.*, p.25.

¹³⁴Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.*, p.96.

de todos aquellos que son indignos de poseerlo”.¹³⁵ El lector se vale del poder de distinción del libro para ejercer cierta legitimidad ante los demás. Como se apunta en dentro del proceso de distinción: “Cada uno se esfuerza por tener un truco, una originalidad, una manera, y, con la ayuda de la moda, las reputaciones se hacen y se deshacen”.¹³⁶ La intencionalidad de los *ex libris*¹³⁷ busca esa reafirmación de pertenencia.

Lo que está en juego es la «personalidad», es decir, la *calidad* de la persona, que se afirma en la capacidad para apropiarse de un objeto de calidad.¹³⁸ Podemos percibir que somos dignos de portar el estandarte lector cada vez que caminamos con libro en mano porque todas estas prácticas sociales surgieron con esa intención: reafirmarnos ante los demás como legítimos en una estructura diseñada para construir nuestra individualidad dentro de un universo posible.

Como bien apunta Bourdieu respecto a las dinámicas de la apropiación de bienes culturales: “La percepción propiamente estética de la obra de arte [...] está dotada de un *principio de pertinencia* socialmente construido y adquirido: este principio de selección le hace percibir y retener, entre los distintos elementos propuestos a la mirada [...], todos los rasgos estilísticos, y solamente estos, que, *situados en el universo de las posibilidades estilísticas*, distinguen una *particular manera de tratar los elementos retenidos*”.¹³⁹ El lector se vuelve en cierta forma un crítico de las letras que delimita sus universos legitimados a través de la sutil opinión de otros lectores que para él tienen importancia y comienza a distinguirse de los demás a través de una delimitación de su horizonte literario.

Es importante distinguir que lo que se eterniza en una lucha competitiva, de acuerdo con la teoría de Bourdieu, no son las condiciones diferentes, sino la diferencia de condiciones y cómo esta se genera: “ni las contradicciones ni las

¹³⁵ *Ibíd.* p.329.

¹³⁶ *Ibíd.* p.55.

¹³⁷ *Etiqueta o sello grabado que se estampa en el reverso de la tapa de los libros, en la cual consta el nombre del dueño o el de la biblioteca a la que pertenece el libro, de acuerdo con la definición de la Real Academia Española.*

¹³⁸ Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.*, p.330.

¹³⁹ *Ibíd.* p.56.

luchas sociales no están todas ni siempre en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de la antítesis del «pensamiento por parejas», la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento”.¹⁴⁰

Por lo anterior, la lectura es una forma de distinción que actualmente se ha convertido en una lucha por formar sujetos lectores de la población no lectora, pero incluso este cambio es una forma de apoyar el orden establecido, la permanencia y la apuesta de que los momentos objetivamente determinantes existan gracias a lo que se denomina *llamados al orden* en las que se enuncia el *principio de conformidad*, única norma explícita del gusto popular, y que apuntan a alentar las elecciones «razonables» impuestas en todo caso por las condiciones objetivas, encierra además una llamada de atención contra la ambición de distinguirse identificándose a otros grupos, es decir, una llamada a la solidaridad de condición¹⁴¹. Cuando a un niño le gusta leer o desarrollarse en cualquier campo de acción y está rodeado de sujetos sociales que no están en condiciones de hacerlo, intentan desalentarlo y encaminarlo hacia los consumos razonables de su clase social: un niño que quiere leer y está rodeado de gente no sólo que no lo hace, sino que está convencida de que eso no sirve para nada, no encontrará cabida para su deseo y probablemente, él permanecerá como un *no lector*.

De acuerdo con Bourdieu¹⁴², es entre los cambios de clase donde hay más probabilidad de que exista un cambio de *habitus* en ciertos ámbitos de la vida de los sujetos a pesar de sus condiciones de existencia, el gusto por la lectura pertenece también a este tipo de variantes donde los sujetos pueden pasar de ser *no lectores* a *lectores* en un entorno donde intervienen otros sujetos o prácticas que lo conducen a ello.

La lectura se vuelve un rasgo ontológico con múltiples tentáculos que llevan a los sujetos a crear identidades y subjetivaciones a partir de la lectura, para ellos la

¹⁴⁰ *Ibíd.* p.193.

¹⁴¹ *Ibíd.* p.451.

¹⁴² *Ibíd.* p.459-461.

lectura es también un estilo de vida que les ayuda a insertarse dentro de una estructura social y sentir la *pertenencia* a ciertos grupos a partir de la *simpatía* de las prácticas sociales y los consumos en torno a la lectura y a partir de ésta.

b. La trascendentalidad de la lectura

La lectura es contingente y performática —sólo existe en tanto la objetivamos y realizamos—, pero también es trascendente, posee esa ambivalencia temporal que le permite estar *ahora* y *por siempre*. Hemos construido a la lectura de forma que ella misma se ha desprendido de la inmediatez del ser humano y permanece con el paso del tiempo.

El proceso de construcción simbólica de la lectura ha llevado a reflexiones lingüísticas, psicológicas, sociales, económicas que construyen una narrativa diacrónica tanto de la lectura como de nosotros como sujetos *lectores* o *no lectores*, como sujetos legitimados y legitimantes, pero siempre sabiendo que los únicos que moriremos seremos nosotros, mientras que la lectura sigue su trascendentalidad.

Ya que el libro tiene una disposición estética y es legitimado como un bien cultural cultivado, adquiere entre los sujetos un carácter elevado, que lo construye como una obra de arte. Este concepto es clave para entender por qué la lectura, a través del libro, va más allá de las temporalidades.

En primera instancia, concebir al libro como una obra de arte, nos lleva también a pensar que el libro es socialmente regulado. Dentro de la obra que Bourdieu plantea, a propósito de la distinción, retoma a Erwin Panofsky¹⁴³ para mencionar que es necesario otorgar a la obra de arte una «intención» en un sentido escolástico; de manera que Panofsky apunta, desde un contexto donde piensa cómo plantear un método para interpretar y leer la pintura renacentista: “esta

¹⁴³(Alemania, 1892- 1968) Erudito ensayista de la Historia del Arte que desarrolló

«intención» [del productor que define un objeto técnico o estético] es en sí misma producto de las normas y convenciones sociales que concurren para definir la frontera, siempre incierta e históricamente cambiante, entre los simples objetos técnicos y los objetos artísticos”.¹⁴⁴ Como mencionamos anteriormente, el libro entra entre los consumos de libertad, no de necesidad, aunque en un principio fungió como una tecnología, hoy su disposición estética le gana a su pertinencia como medio y soporte, para muchos el libro se ha vuelto un fin.

La lectura no tiene una verdad objetiva, su máxima representación en bienes culturales, como un producto objetivado, es el libro, y es esa misma característica la que le ha permitido permanecer a lo largo del tiempo, al igual que el gusto. En tanto exista cualquiera de los dos, el primero por campos de producción y la segunda por campos socialmente construidos, la distinción seguirá diferenciando y legitimando a los lectores. El gusto, propensión y aptitud para la apropiación (material y/o simbólica) de una clase determinada de objetos o de prácticas enclasadadas y enclasantes, es la fórmula generadora que se encuentra en la base del estilo de vida¹⁴⁵. El concatenamiento de las prácticas sociales y prejuicios de la lectura, que entran en la dimensión sincrónica, se une con las atemporalidades del atlas simbólico de la lectura para brindarle a ésta su trascendencia.

Si la lectura se ha desarrollado de una manera atemporal es gracias a todos los procesos simbólicos por los que ha pasado, rompe con el orden cronológico lineal y se expande en el tiempo. El orden establecido en un momento dado del tiempo es, inseparablemente, un orden temporal, un *orden de sucesiones*, teniendo cada grupo como pasado el grupo inmediatamente inferior y como porvenir el grupo superior. Es este sentido, los grupos de competencia están separados por unas diferencias que, para lo esencial se sitúan en el *orden del tiempo*.¹⁴⁶ Es por ello que al voltear a ver la historia, nos encontramos con afluentes grupos literarios, con sus propias vanguardias y estilos retóricos; en este sentido, la lectura es un proceso circular y dialéctico que se ha alimentado ineludiblemente de la escritura para

¹⁴⁴Bourdieu, Pierre. *Distinción. Óp. Cit.*, p.34.

¹⁴⁵*Ibíd.* p.203.

¹⁴⁶*Ibíd.* p.192.

presentarnos diferentes y contrastantes materiales para leer a lo largo del tiempo y con ello, han evolucionado las prácticas sociales y los prejuicios en torno a la lectura y a partir de ésta.

Otra de las características que aportan trascendencia a la lectura es el carácter cambiante de las propias tecnologías que implica la lectura, en este caso, la perfectibilidad de la imprenta. Con el paso del tiempo, la tecnología y la tecnificación de la reproductibilidad del libro como objetivación de la lectura también han evolucionado. Debido a que las estrategias de reproducción constituyen un sistema que depende del estado del sistema de los instrumentos de reproducción y del estado (volumen y estructura) del capital a reproducir, todo cambio en la relación con cualquiera de ellos lleva consigo una *reestructuración* del sistema de las estrategias de reproducción: la *reconversión* del capital poseído bajo una particular especie en otra especie distinta, más accesible, más rentable y/o más legítima en un estado dado del sistema de instrumentos de reproducción tiende a determinar una transformación de la estructura patrimonial.¹⁴⁷ Las modificaciones que ha sufrido el formato del libro se deben en gran parte a esta evolución de los instrumentos de reproducción.

Vale la pena retomar la discusión que propone Eco¹⁴⁸ sobre el fin del libro impreso con el nacimiento del libro electrónico. El concepto del libro como un soporte ha sido tema de estudio entre diversos investigadores: para Umberto Eco, Fernando Báez, Roger Chartier, entre otros, la idea de la escritura como una tecnología extensiva del hombre que funciona a la vez como herramienta de organización social y reafirmación, cultiva la idea de que el libro, como consecuencia de los procesos lecto-escritores, funciona a manera de tecnología de la memoria que se ha ido adaptando a los procesos de tecnificación y reproducción, mismos que en primera instancia privilegiaban la escritura; el libro antes de ser libro, se concebía como una página escrita.

¹⁴⁷*Ibíd.* p.149.

¹⁴⁸Véase Eco, Umberto. *Óp. Cit.*

En este sentido, los soportes de la escritura y del libro mismo han cambiado a través de los años e involucran procesos multiculturales, de distintas temporalidades y latitudes, es a la vez una creación independiente y colectiva: entre las grandes civilizaciones de la antigüedad existe una tendencia de creación del libro sin que una cultura supiera de la otra; desde las primeras tablillas de arcilla utilizadas por los escribas en Mesopotamia, las estelas de piedra, el papiro en Egipto, los legados mayas y aztecas, y el mismo papel en China. Pero a la vez, cada etapa del libro se ha ido construyendo y alimentando en diferentes culturas, de manera histórica. Y así, también ha cambiado su soporte al papel y más recientemente al formato digital.

El libro impreso de tipo occidental usado en el noventa por ciento del mundo es una maravilla cultural forjada por cinco civilizaciones y perfeccionada por quince culturas: invención y consolidación en Medio Oriente (Mesopotamia); sacralidad (judíos, cristianos, árabes, persas, budistas); uso de pergamino y papiro (Grecia, Egipto y Roma); uso de numeración y colofones, formato de códice (invento romano adoptado y perfeccionado por cristianos de ocho naciones); Papel (China y Persia); introducción de técnicas de edición (Alemania, Italia y Francia) y avances tipográficos y maquinaria de impresión (Inglaterra). Un bien cultural popular.¹⁴⁹

Todas estas facetas del libro han sido procesos complejos que implican años de apropiación, de subjetivar la lectura y la escritura de manera objetivada y sumarle disposiciones estéticas que alimentan el atlas simbólico de la lectura y su trascendentalidad. A lo que Fernando Báez apunta, yo le agregaría: Digitalización del libro y consumo electrónico (Estados Unidos, España, Inglaterra).

Es verdad que con los libros electrónicos no se terminarán de imprimir los títulos que queremos, pero la creación del libro digital implica no sólo un cambio discursivo y cultural en las prácticas sociales de la lectura, sino que es necesario adquirir un lector de libros electrónicos —refiriéndonos al dispositivo— que contenga los libros, se necesita de una tecnificación de los procesos de

¹⁴⁹Báez, Fernando. *Los primeros libros de la humanidad*. Océano. México. 2015. p.33.

almacenamiento, lo que supone un nuevo capital cultural para el atlas simbólico de la lectura. Hemos inventado un soporte para el soporte, ¿hay una manera más clara para ver que el medio se ha convertido en fin? Lo que vuelve a poner en duda la legitimidad de un libro electrónico en tanto objeto aurático, ya que no existe de manera singular, con un ‘aquí y ahora’ definido: la autenticidad de una cosa es la cifra de todo lo que desde el origen puede transmitirse en ésta, desde su duración material hasta su testificación histórica.¹⁵⁰

La morfología de un libro impreso que nos ha acompañado por más de 500 años, cambia con la llegada de la era digital; para entender el libro electrónico se debe distinguir entre texto o contenido (e-text o texto electrónico) y dispositivo o continente (aparato –hardware– y aplicación informática –software– que permiten la lectura de contenidos en formato digital). A este proceso de separación entre contenido y continente se le conoce como desmaterialización del libro¹⁵¹. Así el libro se convierte en algo más allá de un objeto, pasa al plano conceptual, a ser una idea. Así el libro como una tecnología de la memoria¹⁵² adquiere un carácter cambiante, performático, que se eleva sobre la idea del soporte y material, dejando atrás discusiones sin sentido porque el libro no dejará de ser lo que es, lo que ha sido desde su invención: un instrumento perfeccionado por la evolución cognitivo-adaptiva como resolución de la profunda necesidad social explícita de plasmar una guía más duradera en la supervivencia de la transmisión de corrientes de ideas, datos o narrativas.¹⁵³

Lo que sí cambia es la percepción que tenemos de los diferentes soportes y de la aparente oferta de los mismos. A pesar de que los *e-books* son más baratos que los que se consiguen de forma física, se tiene que trabajar arduamente en derrumbar dos grandes visiones: por un lado habría que superar la legitimidad que tiene el libro como objeto conocido desde los orígenes de la época moderna contra este

¹⁵⁰ Benjamin, Walter. *Discursos Interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires, 1989. p.3 Consultado en: <http://diegolevis.com.ar/secciones/Infoteca/benjamin.pdf> el 10 de enero de 2018.

¹⁵¹ Camacho Alfaro, Marianela. “Acercamiento al libro electrónico: historia, conceptualización y tendencias”. *Revista de Lenguas Modernas*. Núm. 20, 2014. Costa Rica. p.386.

¹⁵² Definición de *Libro* de acuerdo a Fernando Báez.

¹⁵³ Báez, Fernando. *Óp. Cit.* p. 31-32.

nuevo formato que se presenta ante nosotros y que pierde gran parte de su disposición estética. Por otro lado, es verdad que los libros electrónicos suponen ante todo, una brecha digital y luego económica, aparentemente son menos costosos que los impresos, pero al requerir de un hardware específico para su uso — llámese tableta, smartphone, computadora, kindle— requieren una inversión que el libro impreso no, sin olvidar que se necesita un mínimo capital cultural adquirido para poder manejar y entender la dinámica de la lectura electrónica.

Además de los cambios de formatos y soportes, la trascendentalidad de la lectura ocurre en tanto todas las modificaciones, (re)estructuraciones de prácticas sociales, prejuicios y criterios de mercado se realizan, cada acto alimenta el atlas simbólico de la lectura y la legitimidad que le otorgamos en la actualidad.

El que concibamos al atlas simbólico de la lectura como un reconocimiento de partes, es un parteaguas para distinguir una ambivalencia de actores que generan en conjunto una narrativa simbólica que nos permite a nosotros, como sujetos sociales, estructurarnos a través de nuestra identidad, y a la lectura, romper las fronteras cronológicas que la llevan a trascender y construirse como un elemento legitimante y legitimado en nuestros días.

Estos sucesos son algunas de las implicaciones que el atlas simbólico de la lectura genera a partir de las prácticas sociales y prejuicios que los sujetos performan y alimentan, es parte del proceso estructural que conforma nuestras identidades, que nos permite explorar nuevas formas de construirnos.

Conclusiones

La precedente investigación concierne al enigma de la lectura y su legitimidad en la actualidad. La lectura es una actividad que se reconoce como espiritual, pero también trasciende la esfera social. Es en este rubro donde los códigos de comunicación y comportamiento entran en un juego en el que hacen que los sujetos se reconozcan dentro de la Estructura como lectores y no lectores; que se reconozcan ellos mismos y a partir de ellos. Así se da un proceso de discriminación, de diferencia a quienes no son como ellos y más allá de generar un interés por la lectura para quienes no leen, hacen que la estructura permanezca, creando significaciones en cada uno de los sujetos que les permiten comprender quiénes son a partir de la lectura. Es por ello que el capital simbólico que tiene la lectura parece tener una legitimidad y un aura positiva dentro de una construcción social hecha a base de prejuicios y prácticas sociales porque es en los campos de interacción de los sujetos donde, al tratar de diferenciarnos del *otro*, buscamos reforzar nuestras identidades a través de consumos y cotidianidades *distinguidas*.

Este trabajo es un análisis teórico que retoma múltiples líneas de pensamiento que, sobre todo, se centran en la sociología de la lectura a través de la construcción estructuralista del fenómeno, creando un atlas simbólico que es atravesado por un capital y campo que le permiten performarse y performarnos a través de las prácticas sociales y los prejuicios. Este mismo atlas simbólico trae implicaciones tanto para los sujetos, a los que les permite crear una identidad estructurada-estructurante, como para la lectura misma que genera su propia trascendentalidad.

Ningún momento histórico es igual a otro, no podemos esperar a que se repita la historia de la escritura y la lectura, pero sí tenemos que estar atentos a cómo siguen cambiando las partes para que el atlas simbólico de la lectura ocurra y signifique: si sigue aportando al cambio social, si el mercado al que obedece ha sido fragmentado y cambiado con el surgimiento de editoriales independientes. Habrá que preocuparse por las nuevas narrativas y discursos que genera el libro electrónico como algo que va más allá del mero soporte.

Las nuevas sendas y formas de construcción de la lectura más allá de una práctica en sí misma, abren posibilidades del pensamiento comunicativo en torno al tema, cuyos resultados rompen los límites de la percepción sensible. Esta investigación brinda la posibilidad de descubrir la generación de la dinámica con mayor detalle y continuar con una investigación de campo para realizar estadísticas respecto a este fenómeno que es la lectura. Otro posible estudio que abre este trabajo es el que se ocupe de la semántica de la lectura, incluso de la semiología de la misma, ya que todos estos ámbitos generan significaciones diferentes en la vida cotidiana y tal vez conocimientos dispares en el ámbito de la investigación social.

Se puede estudiar con mayor profundidad cualquiera de las implicaciones que tiene el atlas simbólico de la lectura y podrían plantearse otras, donde cada parte tiene ciertas coordenadas desde las cuales podemos entender más ampliamente el fenómeno lector. Por ejemplo, a propósitos de las prácticas sociales y los prejuicios, pensar la lectura y el poder, la lectura y la censura, así como la destrucción de bibliotecas. En cuanto a los sujetos, se podría hacer un análisis de cómo se van construyendo desde la infancia, así como describir con mayor profundidad las características y la composición del libro —artesanal— como un objeto con disposición estética.

Algunas consideraciones que sí se tienen en esta investigación y que dan una aportación teórica al tema de la lectura son: de primera mano, hacer referencia a la lectura como un elemento culturalizador, propio de la filosofía kantiana, que además de incluir las nociones de otros estudiosos del tema como la de Chartier, Escarpit, Barthes, y más, brinda la posibilidad de pensar el entorno de la lectura como un campo de juegos simbólicos que involucra diferentes partes y dimensiones sociales tanto de la lectura *per se* como a partir de ésta; en segunda instancia, la propuesta de concebir a la lectura como un atlas simbólico que atraviesa campos y capitales diversos conjugan nuevas percepciones de interacción del menester lector que nos permiten plantear problemas sociales y comunicativos a partir de esta concepción; construir al libro como una objetivación de la lectura y categorizarlo como una obra de arte, abre la perspectiva simbólica que luego, junto con la

conjunción de forma/concepto, brindan a la lectura una trascendentalidad, otra consideración y aportación prístina de este trabajo, ya que esta característica nos da pie a pensar al atlas simbólico de la lectura como un todo dual: estructurante/estructurado, que permite a los sujetos insertarse en una estructura a través de sus identidades.

Otra cuestión que queda pendiente en desarrollos posteriores, es pensar el atlas simbólico como una herramienta teórica de análisis simbólico de realidades. Habría que perfeccionar el modelo y las limitaciones que éste podría tener, pero me quedo con la idea de que aquí puede estar planteado el inicio de algo que va más allá de mi entendimiento inmediato y que requiere mucho más trabajo intelectual.

Más allá de las implicaciones teóricas que aquí se desarrollaron, la idea de trabajar una tesis a propósito de la lectura surgió, en primer lugar, como un interés personal en tanto me considero una lectora formada a partir de momentos objetivamente determinantes, por lo que el tema no sólo me apasionó, sino que me llevó a reconocer(me) y a explicar(me) en los procesos de simbolización del atlas.

Quise aprovechar las herramientas teóricas y metodológicas que me brindó la universidad para cuestionar una realidad que a veces se da por sentada. Durante el tiempo que realicé el trabajo pude conocer a más investigadores de los que me hubiera imaginado que se han interesado por este mismo tema y que han abordado a la lectura desde perspectivas varias, lo que generó en mí una alegría desmedida al saberme acompañada e instruida.

Considerando los hallazgos aquí plasmados, mi concepto de lectura ha llegado a una encrucijada: si bien es cierto que ha sido una herramienta de distinción para la clase burguesa, prefiero superponer el hecho de que es un acto de liberación, pero también estoy consciente de que esta percepción no irrumpe con la manera en que se simboliza a la lectura de manera social, por lo que me gustaría que mi pequeña trinchera comenzara con romper los horizontes literarios propiamente (socialmente) dibujados; buscar la forma de significarme a través del no-lector.

Lo anterior, me lleva a pensar que no debemos olvidar que en los estilos de vida, en la manera de construir las cosas, también hay hechos comunicativos que van más allá del signo, que se convierten en alegorías, pero que nunca dejan de ser mensajes.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLPORT, Gordon. *La naturaleza del prejuicio*. Eudeba. Buenos Aires. 1962. 575pp.
- ARGÜELLES, Juan Domingo. *Historias de lecturas y lectores*. Editorial Océano. México. 2014. 454 pp.
- BAENA Paz, Guillermina. *Instrumentos de investigación: manual para elaborar trabajos de investigación y tesis profesionales*. Editores Mexicanos Unidos. México. 1980. 322pp.
- BÁEZ, Fernando. *Los primeros libros de la humanidad*. Océano. México. 2015. 512pp.
- BARTHES, Roland. “Sobre la lectura” en *El susurro del lenguaje*. Paidós Comunicación. Buenos Aires. 1987
- BENJAMIN, Walter. *Discursos Interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires, 1989. Consultado en: <http://diegolevis.com.ar/secciones/Infoteca/benjamin.pdf> el 10 de enero de 2018.
- BOURDIEU, Pierre. . *El sentido práctico*. Taurus. España. 1991- 456pp.
- El sentido social del gusto*. Siglo XXI editores. Buenos Aires. 2012. 288pp.
- La distinción*. Taurus. México. 2014. 784pp.
- “Los tres estados del capital cultural”. *Sociológica*. Núm 5. UAM- Azcapotzalco. México.
- CAMACHO Alfaro, Marianela. “Acercamiento al libro electrónico: historia, conceptualización y tendencias”. *Revista de Lenguas Modernas*. Núm. 20, 2014. Costa Rica. 385-392pp.
- CANFORA, Luciano. *Libro y libertad*. Editorial Siruela. España. 2017. 108pp.
- CASADO Velarde, Manuel. “La lectura, espacio de humanidad”. *Pensamiento y Cultura*, núm. 9, noviembre, 2006, pp. 7381, Universidad de La Sabana. Colombia. Consultado el 26 de mayo de 2104. En: Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70190107>

- CHAMBERS, Aidan. *El ambiente de la lectura*. FCE. México. 2007. 132pp.
- CHARTIER, Roger (Dir.). *Pratiques de la lecture*. Marsella: Payot et Rivages, 1993.
- COHEN, Ira J. "Teoría de la estructuración y praxis social". En: *La teoría social hoy*. Alianza Universidad. Madrid. 1998.
- COLORADO Carvajal, Aldo. *El capital cultural y otros tipos de capital en la definición de las trayectorias escolares universitarias*. X Congreso Nacional de Investigación Educativa. En:
http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v10/pdf/area_tematica_16/ponencias/1732-F.pdf
- COVA, Yaritza; "La práctica de la lectura en voz alta en el hogar y en la escuela a favor de niños y niñas". *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*. México. 2004. pp. 53-66.
- DARNTON, Robert. *El coloquio de los lectores*. Fondo de Cultura Económica. México. 2003. 460pp.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX*. UNAM. 2000. 103 pp.
- ECO, Umberto y Jean-Claude Carrière. *Nadie acabará con los libros*. Editorial Lumen. México. 2010. 263pp.
- Cómo se hace una tesis*. Editorial Gedisa. Barcelona. 2003. 233pp.
- EISENSTEIN, Elizabeth L., *La imprenta como agente de cambio*. Fondo de Cultura Económica. México. 2010. 726pp.
- ESCARPIT, Robert. *Sociología de la literatura*. Oikos-tau. España. 1971.
- La faim de lire*. UNESCO. París. 1973.

- FERNÁNDEZ Fernández, José Manuel. *Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu*. Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica). En:
<http://www.google.com.mx/urlsa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=7&ved=0CGAQFjAG&url=http%3A%2F%2Fp.apers.uab.cat%2Fartic%2Fview%2Fv98-n1-fernande%2Fpdf&ei=moOFU6OQO4qKqgb-vYHQDA&usg=AFQjCNEHyVk7yBjI2Vbrp5aBPIxku7IMPQ&sig2=54ra-xE9lVz33lrf8SG0cg&bvm=bv.67720277,d.b2k>
- FICHTE, J.G. *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*. Ediciones Itsmo. Madrid. 2002.
- GADAMER, H.G. *Verdad y Método*. Ed. Sígueme. Salamanca. 1984. 704pp.
- GIDDENS, Anthony. *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 2011. 416pp.
- Gran Enciclopedia Rialp. 1991. Consultado en
http://www.mercaba.org/Rialp/I/inteligencia_psicologia.htm
- HEIDEGGER, Martin. *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica. México. 2006. 110pp.
- HORKHEIMER, Max y Adorno, Theodor. *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana. Buenos Aires, 1988.
- FEBVRE, Lucien y Henri-Jean Martin. *La aparición del libro*. Fondo de Cultura Económica. México. 2005. 515pp.
- La Biblia de Gutenberg*. Consultado en
<http://www.hrc.utexas.edu/exhibitions/permanent/gutenbergbible/>
- Lectura, definición de la Real Academia Española de la Lengua.

- MORA, Ferrater. *Diccionario de filosofía*. Consultado en:
<http://www.filosofia.org/enc/fer/510875.htm>.
- Poder, Derecho y Clases Sociales*. Desclée. 1993. pp.131–164. Consultado en:
<http://www.magazineinsitu.com/capital/formas%20de%20capital.pdf> .
- RAMÍREZ Leyva, Elsa M. “¿Qué es leer? ¿Qué es la lectura?”. *Investigación Bibliotecológica*, Vol. 23 , Núm. 47, enero/abril, 2009, México. p.161-188.
- RAMÍREZ, Mario Teodoro, “Ilustración y cultura. Kant y Hegel: dos modelos del concepto de cultura en la filosofía moderna”, *La lámpara de Diógenes*, revista de filosofía, No. 14 y 15, 2007, México. pp. 168-178.
- ROBLEDO, B. H y A. O. Rodríguez en Torres Perdomo, María Electa; "La Lectura. Factores y Actividades que Enriquecen el Proceso". *Educere*. España. 2003. pp. 389-396.
- ROCKWELL, Elsie . “La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares”, *Educação e Pesquisa*, vol. 27, núm. 1, enero-junio, 2001, Brasil. pp.11-26.
- ROJAS Soriano, Raúl. *Guía para realizar investigaciones sociales*. Plaza y Valdés. México. 2000. 437pp.
- SCHELLING, Friedrich. *La relación del arte con la naturaleza*. Editorial Sarpe. España. 1985. 115pp.
- WINNE, Hernán y Víctor Malumián. *Independientes, ¿de qué? Hablan los editores de América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México. 2016. 159pp.